

ANTONIO ARNAO

806 EMPLEADO DE LOS
OBISPOS
DE
BORJA
BIBLIOTECA

UN RAMO
DE
PENSAMIENTOS

LIBRO EN SONETOS



MADRID

IMPRESA Y FUNDICION DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1878

UN RAMO DE PENSAMIENTOS

1
68

D-2

455

B.P. de Soria



61116244
D-1 1968

D-1

1968

6244

OBRAS DEL AUTOR.

- HIMNOS Y QUEJAS, poesías religiosas y profanas, con un prólogo de D. José Selgas y Carrasco.
- MELANCOLÍAS, rimas y cantigas.—Segunda edicion.
- ECOS DEL TÁDER, cantos poéticos.—Segunda edicion.
- DON RODRIGO, drama lírico, premiado con el *accessit* por la Real Academia Española.
- LA CAMPAÑA DE ÁFRICA, poema igualmente premiado por la citada corporacion.
- EL CAUDILLO DE LOS CIENTO, novela, con un prólogo de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—Segunda edicion.
- LAS SIETE PALABRAS, paráfrasis, aprobada por la Autoridad Eclesiástica. (Aunque incluida esta obra en *La voz del Creyente*, se halla tambien impresa por separado.)
- LA VOZ DEL CREYENTE, poesías católicas. (Censuradas con elogio y aprobadas por la misma Autoridad.)
- TROVAS CASTELLANAS, coleccion de poesías.
- DRAMAS LÍRICOS.—Las naves de Cortés.—La muerte de Garcilaso.—La hija de Jethé.—La Gitanilla.—Guzman el Bueno.—Pelayo.—D. Rodrigo.
- DEL DRAMA LÍRICO, Y DE LA LENGUA CASTELLANA COMO ELEMENTO MUSICAL.—Discurso de recepcion en la Real Academia Española.
- DE LA MÚSICA EN EL TEMPLO CATÓLICO.—Discurso de recepcion en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- ELOGIO DE D. JUAN NICASIO GALLEGO.—Discurso inaugural de 1876 en la Real Academia Española.

UN RAMO DE PENSAMIENTOS.

Esta obra es propiedad de su autor.

UN RAMO
DE
PENSAMIENTOS

LIBRO EN SONETOS

POR

D. ANTONIO ARNAO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



MADRID

IMPRESA Y FUNDICION DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1878

Á LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN TESTIMONIO DE RESPETO, GRATITUD Y CARIÑO,

EL AUTOR.

PROEMIO.

Nunca he dejado de considerar las Bellas Artes como medios adecuados para realizar, en la esfera de la inteligencia y del sentimiento, creaciones ideales que eleven el alma sobre el mundo material en donde vive. Todo lo grande, todo lo hermoso, todo lo puro que de ordinario no se ve en la tierra, pero que presiente en sus ensueños la fantasía, debe á mi entender constituir el espíritu que las vivifique. Por ello, áun cuando el artista tiene que buscar en la naturaleza física ó moral el fundamento de sus invenciones, no ha de hacerlo de un modo servil é inflexible, sino que al pasar por los ojos de su entendimiento las imágenes en que se inspira, han de transformarse éstas y purificarse, á semejanza de la luz que, atravesando las faces de un prisma, ostenta los deslumbrantes colores de que se compone. Así viene á re-

producir esa misma naturaleza, exenta de todo accidente feo y desagradable, como otra cosa no sea necesaria de todo punto para destacar lo que por bello ó bueno se quiere hacer sobresalir. De aquí, por ejemplo, que yo proteste en mi interior contra la funesta tendencia de gran parte de la pintura contemporánea que, esclava de un naturalismo limitado, ó del *realismo* como ahora se dice, sólo tiene aplausos para la verdad descarnada de lo que se ejecuta en figura y paisaje, sin tomar en cuenta si ya es de por sí bello todo lo que se copia, y sin permitir al pintor alterar el más ligero lineamento, con arreglo al tipo siempre ideal de la imaginacion creadora. De aquí tambien que deplora á mis solas la violenta extension que hoy se pretende dar á la música, cuyo vago lenguaje quieren convertir muchos en un lenguaje tan preciso y concreto como el de la palabra, de modo que represente hasta las más abstractas ideas, ó en un instrumento nimiamente imitativo que reproduzca hasta los más inarmónicos ruidos de la naturaleza; sacando por consiguiente tan divino arte de sus condiciones propias y privándole de las primeras de

sus cualidades, que son el agrado y la espiritualidad.

Pues lo mismo me sucede respecto de la poesía. Hay quienes, tratándose de su manifestación lírica, se complacen en hacerle hablar el lenguaje más sencillo, vulgar y llano, como si esto fuera demostración de sumo progreso, con lo cual quitan todo encanto y atractivo al estilo poético, produciendo á veces voluntariamente una forma insípida y rastrera. Hay otros que, embelleciéndola con imágenes atrevidas y vigoroso acento, aspiran á convertirla en arma de combate, á manera de discurso tribuni- cio; para lo cual sólo la emplean en asuntos sociales ó políticos que ya son de por sí ingratos y desapacibles, comunicándole una expresión tanto más desconsoladora cuanto mayor es la verdad con que tratan de esos mismos asuntos. Podré equivocarme, y de seguro me equivocaré, pero sinceramente juzgo que una y otra tendencia, practicadas por sistema, son fatales para la índole de la poesía. La primera nunca nos saca del prosáico mundo real, y la segunda, en vez de curarlas benéficamente, profundiza más las heridas de nuestro corazón,

recordándonos las decepciones, la duda, los desafueros, las turbulencias que nos rodean.

No, no es éste el destino de la poesía. Hija del cielo, coronada de flores, revestida de blancas alas y de purísimo ropaje, circuida de luz resplandeciente, dotada de acento preternatural, sólo debe vagar por las regiones del sentimiento, ó renovar las sublimes enseñanzas de la historia, ó transmitir el fuego de la fe consoladora, ó reproducir, idealizándolos con su mágia, los indeficientes atractivos de la naturaleza física. ¿Dónde, si no en éstas esferas, podrá encontrar el toque delicado que nos conmueve, el acento arrebatado que nos transporta, la imágen seductora que nos consuela? Por más que se hayan vulgarizado y manoseado por los malos poetas, ¿no serán para los buenos inagotable fuente de exquisitas bellezas las alegrías del amor (espíritu vivificador del mundo) el heroísmo de las grandes acciones, los padecimientos del mártir, la aparición del día, los furores de la tormenta, la inmensidad del mar, la paz de las campestres soledades?

Pero ¡ay! el inmoderado afán de novedad que, hijo de rebeldía, devora nuestros tiempos,

hace condenar todo lo que hasta aquí se ha tenido en estima, impeliendo á muchos ingenios por caminos inexplorados que conducen á precipicios. Y esos mismos ingenios, débiles de carácter con apariencia de fuertes, dejándose arrastrar por la corriente de las ideas, sólo se complacen y hallan mérito en aquello que es duro, sensual, excéptico ó desapoderado, y miran con forzado desden lo apacible, lo ideal, lo creyente, lo ordenado con sujecion á leyes eternas, porque éste no es el camino por donde marcha la multitud; parecidos en algo á los hombres que tienen el brutal valor de dar muerte á un semejante por cualquiera leve ofensa del orgullo, y en nada á los que tienen fría serenidad para esperarla en el cumplimiento del deber.

Ahora bien: yo que, gracias á Dios, no soy de aquella clase de hombres y creo ser de ésta, he seguido siempre en el ejercicio de la poesía el camino que he juzgado más propio de mis pocas ó muchas facultades, sin esclavizarme á ninguna tiranía, sin dejarme arrebatado por los vientos de la moda, y sin querer imitar á las rutinarias cabras que saltan afanosas por

donde salta con fortuna la primera. Acertada ó desacertadamente así lo he practicado en los anteriores libros, y así lo hago tambien en el presente. Su fondo es por lo general benigno, suave, ordenado y tranquilo, y su espíritu creyente y humilde como lo fué el de nuestros antiguos poetas, pues creo que si es nocivo que el hombre quebrante los preceptos del Decálogo, lo es mucho más que peque contra el símbolo de la Fe. Y en cuanto se refiere á la parte de forma y estilo, he intentado buscar la más tersa, limpia y correcta; forma que aparentan desdeñar los que no saben realizarla; pues, sobre no gustarme los genios salvajes y desaliñados, siempre he observado que en el mundo se suele apellidar vigor de pensamiento y talento varonil lo que es quizá expresion del desórden ó carencia de educacion y cultura. Pocas, muy pocas veces se ven hermanadas la virilidad y la energía con el buen gusto y la correccion, como sucede en los *Gritos del combate* de mi amigo y compañero Nuñez de Arce, aunque el fondo de dicha obra se aparte mucho de mi manera de considerar la poesía.

Podrá objetárseme que siguiendo el rumbo que me traza mi inclinacion y que acepta mi voluntad, y apartándome del que me señala el gusto general, me expongo á no coadyuvar con mis débiles trabajos al público bien que debe desearse, y que, por lo concerniente á mi interés personal, corro el riesgo de no darles toda la aceptacion que es lícito apetecer.

Ambas objeciones tienen su refutacion.

En cuanto á la primera diré que sin negar la influencia que la poesía puede ejercer en sus apasionados, y la obligacion que por lo tanto tiene el poeta de consagrarla á la verdad y al bien, no la conceptúo con todo arma de discusion y convencimiento, ni medicina eficaz para curar las hondas heridas sociales; como tambien estoy tristemente persuadido de que, aún dando pruebas de poca ilustracion y de torcido gusto, desdeñan leer las producciones poéticas los más de aquellos hombres que, por estar colocados en los grados preeminentes de toda gerarquía, deben recibir de ellas las enseñanzas que en ellas se les expongan. ¡Inútil empeño! Cuando las razones científicas y las pruebas históricas no avasallan la

soberbia de esta generacion en punto á conocimientos morales, políticos y religiosos; cuando la voz que parte de la cátedra del Espíritu Santo se estrella de ordinario contra las cerradas puertas de los que tienen obligacion de oirla para aplicar sus máximas eternamente ciertas y eternamente buenas al régimen y felicidad de los pueblos; cuando las más acerasdas discusiones políticas no hacen mella en el apasionado enemigo á quien se pretende rendir ó desarmar; ¿cómo esperar de unos cuantos versos, por inspirados que sean, los resultados que no alcanzan aquellos medios, mucho más adecuados y vigorosos? ¡Generosa ilusion, pero ilusion al cabo!

Acerca de la segunda objeccion enunciada añadiré que, sobre no haber sido nunca para mí la poesía elemento de lucro, como no lo es para nadie, las generaciones á que se dirige son esas generaciones de almas jóvenes que, ya por la edad, ya por la frescura de los sentimientos, existen siempre en toda sociedad; las cuales, sin aspiraciones filosóficas y ultteriores fines transcendentales, se complacen á solas en oir el canto del poeta con el propio

abandono y sencillo placer con que se oyen entre la enramada del bosque los trinos del ave solitaria. Méenos en número que ántes lo eran son hoy esas almas, porque hasta ellas ha llegado por desgracia el viento desecador de la ambicion, de la política y de la impiedad, pero todavía quedan muchas que constituyen el público predilecto del poeta, siendo cual otras que en análogas condiciones les precedieron en el camino de la vida. Á ellas me dirijo y á ellas deseo agradar, sin importarme el desden del excéptico orgulloso, del prócer infatuado, del sabio descreído.

¿He conseguido mis propósitos? Á la opinion toca decidirlo. Claro es que en el mero hecho de dar á luz este libro dejo entender que lo juzgo aceptable, porque de otra manerã no lo entregaria al embate de los pareceres contrapuestos. Decir otra cosa y echarlo de antemano por los suelos, sería hacer alarde de vulgar y falsa modestia, y detesto la debilidad de la hipocresía. Pero esto no quita la posibilidad de haberme equivocado con la mayor buena fe del mundo, posibilidad que de ningun modo pongo en duda. Sólo, pues, exijo en mi defensa que se

lea detenidamente con benevolencia, y que despues se falle libremente con justicia.

Y para que ésta pueda realizarse teniendo aquella en cuenta, derecho mio es recordar al lector que el presente libro no es una coleccion ordinaria de poesías hijas de distintas épocas, formada al acaso, sino una obra especial, con más ó ménos unidad en el fondo, pero limitada en la forma, para cuya composicion he necesitado inalterable fe literaria y grande perseverancia. Así es que reputo verdadera empresa, y no poco atrevida, esta compilacion de sonetos; poemitas que, por su brevedad é inevitable forma, entrañan árduas dificultades si se escriben, con resolucion preconcebida, en tanto número como el de los que entrego al público. Y hasta no deja de serles desfavorable el modo con que los presento: si por instinto de editor hubiese querido dar al libro la posible amenidad, habría mezclado estudiadamente unos con otros, atento sólo al mayor atractivo de la lectura; mas como esto era ménos ordenado y ménos literario, renuncié á tal recurso y los distribuí sencillamente en séries ó clases análogas, áun á riesgo de arrostrar cierto no sé

qué de impopularidad con dicha clasificacion sistemática. El lector (y perdóneseme lo inmodesto de la comparacion) podrá elegir á su capricho, como la abeja entre las flores. Aunque, bien pensado, en esta comparacion hay más inexactitud que inmodestia, pues si bien la obrilla que ofrezco se titula *Un ramo de pensamientos*, las poesías que la componen se parecen solamente á las flores de aquel nombre en lo pequeñas, en lo humildes, y sobre todo en la pobreza de matices y en la falta de perfume.

Expuestas ya mis observaciones preliminares, dejo plaza al lector á quien corresponde decidir del acierto ó desacierto de mi empresa, pues él es juez temible cuyo inapelable fallo acato desde ahora.

ANTONIO ARNAO.

SONETOS.

INTRODUCCION.

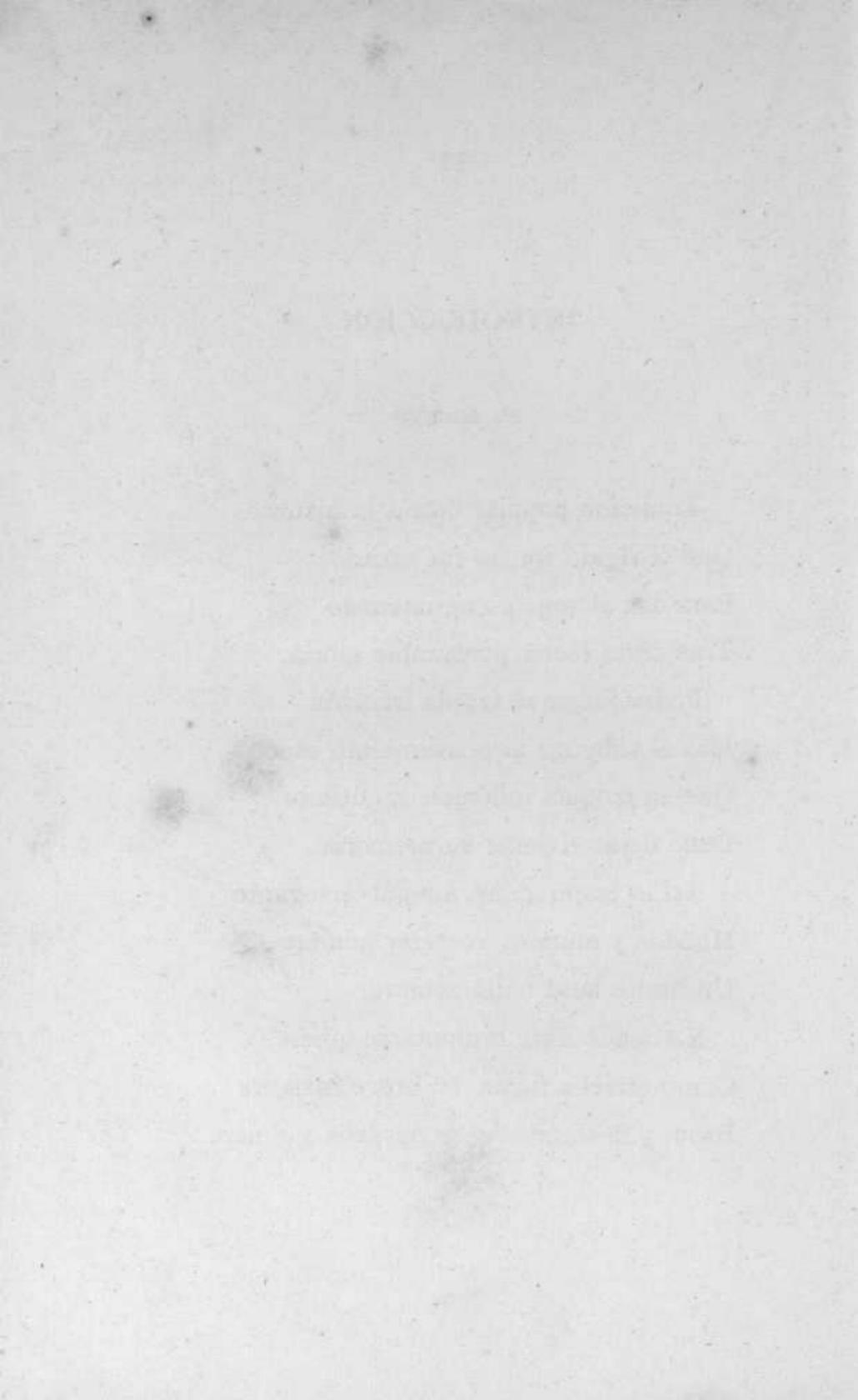
EL SONETO.

Tradicion popular dice á la historia
Que el rívido soneto fué creado
Para dar al ingenio aprisionado
Tras corta lucha perdurable gloria.

Podrá juzgarse fábula irrisoria
Mas él subyuga al pensamiento osado
Que en troquel inflexible modelado
Debe dejar viviente su memoria.

Así la inspiracion, aunque arrogante
Mundos y mundos recorrer pudiere,
Un límite fatal halla delante;

Y cuando libre remontarse quiere,
Como estrella fugaz, en breve instante
Brota y deslumbra y se despeña y muere.



SONETOS RELIGIOSOS.



AL CRUCIFICADO.

Vas á morir con majestad serena
Tú que delicia de las almas fuiste,
Viendo la angustia de tu Madre triste,
Viendo la fe de Juan y Magdalena.

Al presentir los ángeles tu pena
Funerario crespon el cielo viste,
Y al temer que anonades cuanto existe
Vacila el mundo que el espanto llena.

Si la salud tornabas al doliente,
Si al ciego dabas luz y al muerto vida,
Si el amor es en tí próvida fuente,

¿Qué mano te cubrió de tanta herida?
¡Oh buen Jesus! Perdóname clemente:
¡Fué mi pecado el infernal Deicida!

LA SOLEDAD DE LA VÍRGEN.

Murió Jesus.—En la desierta cumbre,
Postrada ante la Cruz de que pendia,
Viéndote sola estoy, Virgen María,
De siniestro relámpago á la lumbre.

Léjos de allí la ciega muchedumbre
El Deicidio crüel celebra impía,
Sin que su infame gozo y tu agonía
Pongan fin á tu santa mansedumbre.

Ni humano acento débil interpreta
Tu horrible soledad y mudo llanto,
Ni el encendido númen del poeta;

Y sólo sé decirte, en duelo tanto,
Lo que á Salem fatídico el profeta:
¡Inmenso como el mar es tu quebranto!

CONFESION.

Cuando al tronar la tempestad rugiente,
Y al lucir del relámpago la llama
Treme la tierra que en volcan se inflama,
«Dios es grande» prorumpo balbuciente.

Cuando á la márgen de serena fuente
Libre del cierzo y entre verde grama,
Su perfume de paz la flor derrama,
Digo con gratitud: «Dios es clemente».

Mas cuando el corazon medroso late
Porque ignorado torcedor adusto,
Huella triste del mal, mi orgullo abate;

Como se inclina mísero el arbusto
De la dura borrasca al fiero embate,
Me prosterno y exclamo: «Dios es justo».

LA RESURRECCION.

Rayaba apénas el tercero dia
Desde que envuelto en funeral sudario
En la paz del sepulcro solitario,
Cadáver yerto, el Redentor yacia.

La corta hueste que en la tumba fria
Velando estuvo al Mártir del Calvario,
Bajo tenaz sopor extraordinario
Postrada y sin aliento parecia.

Veloz un ángel de beldad pasmosa
Del cielo descendió: con grito fuerte
«Ábrete» dijo á la pesada losa:

Revolvióse á su voz la piedra inerte,
Y velado Jesus en luz gloriosa
Resucitó del seno de la muerte.

ASPIRACION.

¿Qué fuego es éste ¡oh Dios! que comprimido
Hierve en mi corazón y lo devora?

¿Quién despide la voz conmovedora
Que vibra en él turbando mi sentido?

¿Es un soplo que en mí yace escondido,
Gérmen que echó tu gracia protectora?
Hazlo brotar con mano creadora,
Ve cuál lo imploro ante tus pies rendido.

Mas no, Señor.—Comprendo la secreta
Y ardiente voz que turba mi alegría
Cuando el mundo en sus goces me sujeta:

Ya sé que para verte en claro día
Á tu imagen me hiciste, y sufre inquieta
Hasta que en ti repose el alma mía.

EL TOQUE DEL ANGELUS.

Cuando el primer fulgor de la mañana
La zona del oriente colorea;

Cuando el sol victorioso centellea
Desde cenit de púrpura y de grana;

Cuando la noche, con su luto ufana,
Del firmamento azul se enseñoorea;

Tres veces en la torre de la aldea,
Á orar llamando, vibra la campana.

Los lentos, melancólicos tañidos
Dilatándose van por el ambiente,
En los ecos del monte repetidos.

¿Qué nos dice su voz tan elocuente?
«Á vuestra Madre salud rendidos
En la Madre del Verbo omnipotente».

VOZ DE LA FE.

Señor, si al peso de desdicha oscura
Desfallece infeliz el alma mia;
Si con plácido aliento la alegría
Me infunde gozo de sin par ventura;
Ya se deleite la esperanza pura
Por espacios que baña el sol del día;
Ya fiero desengaño á noche umbría
La precipite en sima de amargura;
En el bien y en el mal te adoro ciego,
Y, con suerte feliz y cruda suerte,
Cual suprema oracion, éste es mi ruego:
No permitas que yo pueda perderte,
Y ántes que acabe de mi amor el fuego
Dame la muerte ¡oh Dios! dame la muerte.

LA SEMANA SANTA.

¡Oh tiempo del dolor! Yo te saludo
La faz hundiendo en polvo y en ceniza,
Que al Hombre Dios en ti se martiriza
Con befa vil y con rencor sañudo.

Enclavado le muestras y desnudo
Sufriendo el odio que Luzbel atiza,
Cuando perdon eterno simboliza
Que á buscar entre lágrimas acudo.

Mueve mi corazon, y ya que fiero
Hizo mi culpa que su amor clemente
Sobre infamante Cruz resplandeciera,

Haz que á sus pies me postre penitente,
Y una gota no más, una siquiera,
De su sangre inmortal, toque mi frente.

DE NOCHE EN EL TEMPLO.

Aquel que audaz, en noche silenciosa,
Turba el misterio y soledad serena
De augusta catedral, con honda pena
Trémula siente el alma temerosa.

Su torpe andar sobre la dura losa
Por ojivales bóvedas resuena,
Y su mente en redor, de espanto llena,
Fantasmas ve con que el pavor le acosa.

Mas ¡ay! lo que le aterra en ese instante,
Por la mudez del templo solitario,
Es una luz inmóvil y brillante:

La luz que en el altar del santuario
Parece entónces ángel vigilante
Á la cerrada puerta del Sagrario.

LA CONVERSION DE SAULO.

Con la torpe ansiedad que el odio encierra,
Saulo, tormento de los fieles, iba
Presto á Damasco, cuando lumbre viva
De su corcel le derribó por tierra.

La voz del Sumo Juez que nunca yerra,
Ahuyentando la armada comitiva,
Dijo en aquel fulgor, como cautiva:
«¿Porqué, Saulo crüel, me mueves guerra?»

Lo que entónces, absorta, vió su mente,
Rendida de Jesus al dulce yugo,
Nunca humana razon saber intente;

Sólo sepa que á Dios tornar le plugo
Apóstol santo al enemigo ardiente,
Cristiano mártir al infiel verdugo.

LA CONVERSION DE AGUSTIN.

Ni el vano fruto de la humana ciencia,
Ni la gloria en Italia y en Cartago,
Saciar pudieron el instinto vago
Con que anhelaba luz su inteligencia.

Iba en busca del bien, mas la conciencia
Sembraba en su interior duelo y estrago,
Porque buscaba al par el torpe halago
De la ciega y mortal concupiscencia.

Dios, apiadado al fin, mostróle un dia
En solitario, de virtud portento,
La luz y el bien que ansioso apetecia:

Y vió, creyó y amó; y en tal momento,
Santificado halló su madre pía
Al hijo de sus lágrimas sin cuento.

LA GLORIA DEL CARMELO.

Si el marinero, en noche de tormenta,
Cuando rugen furiosos aquilones,
Logra ver que entre densos nubarrones
Estrella de bonanza se presenta;

Si la virtud, cuando feliz alienta,
Vencedora de rudas tentaciones,
Siente bajar de célicas mansiones
Gozo divino que su gozo aumenta;

Si en el trance fatal de la agonía,
Si en toda angustia del humano duelo
Blando acento de amor brinda alegría;

Ese inefable, universal consuelo,
Ese bien de las almas, es María
Con el glorioso nombre del Carmelo.

EN LA ÚLTIMA HORA.

No castigues, oh Padre, cual merece,
El torpe desamor del alma mia:
Otórgale el perdon que tanto ansía,
Hoy que mi cuerpo exánime fallece.

Pavorosa á lo léjos aparece
La oscura eternidad que ver temia,
Mas tu clemencia, de la noche umbría
Brota cual sol que espléndido amanece.

Y aunque recuerdo, cuando á ti se lanza,
La historia de mis culpas lastimera,
Grato consuelo mi dolor alcanza:

No temeré si al fin de mi carrera,
Como náufrago á tabla de esperanza,
Abrazado á tu cruz dejas que muera.

LA ÚLTIMA HORA

Monstruos de la noche, monstruos
El torpe desmayo del alma mía
Cógela el dolor que tanto anhelo
Hoy que mi cuerpo exaltado
Favorosa a los ojos que
La oscura estirada que
Más tu claridad, de la noche
Hiciste con el que espanto
Y nunca recuerdo cuando a ti
La historia de mi desamparo
Cruza conmigo en dolor
No temeré si al fin de mi
Como ninguno a tal de
Amaneceré con los ojos

TIPOS CRISTIANOS.

Á UN POETA.

Pasó la edad de torpe idolatría
Donde rigió cual ley ciego destino,
Donde las glorias del poder divino
Puso en Luzbel la humanidad impía.

Tras densa noche, rutilante día
Desde la Cruz á iluminarnos vino,
Y á Júpiter venció Dios uno y trino,
Como á Vénus, al par, venció María.

No pidas, pues, á idólatras errores
La excelsa inspiracion del arte bello,
Ni en su falsa hermosura incauto adores:

No te fascine su falaz destello,
Porque sólo en la fe de tus mayores
El genio estampa su indeleble sello.

I.

EL JUSTO.

Nace, y recibe la mortal herencia
En desengaños y tormentos rica,
Pero á sus ojos nada significa
Mientras en paz mantiene su conciencia.

Si guarda el limpio albor de la inocencia,
Que vence sin lidiar mudo publica;
Si peca infiel, le lava y purifica,
Como en santo Jordan, la penitencia.

Igual acoge dicha y desventura,
Pues comprende que vive de pasada
En este triste valle de amargura;

Y cuando toca al fin de su jornada,
Libre de la terrena ligadura
En el seno de Dios logra morada.

II.

EL MÁRTIR.

¡Él es! Joven gallardo, á quien la vida
Con oro y fausto halaga lisonjera,
En el circo fatal morir espera,
Y ante romana plebe enfurecida.

Ni el rigor del martirio le intimida,
Ni se defiende de sañuda fiera,
Pues sabe que tras muerte pasajera
Debe lograr la palma apetecida.

Sostiene su valor con mudo acento
Voz que le llama desde etérea nube
Mientras en él se ceba tigre hambriento;

Suena por fin el himno del querube,
El cuerpo se desploma sin aliento,
Y á celeste region el alma sube.

III.

EL SOLITARIO.

Aquel varon cuyo temido acero
Fué terror en los campos de batalla,
No ciñe ya la ensortijada malla,
Ni viste el casco y el arnes guerrero.

En honda cueva penitente austero,
Léjos del mundo, sus delicias halla;
Y ora y ayuna y se macera y calla,
De sus propios errores juez severo.

Rauda su gloria va de polo á polo,
Mas valeroso con desden olvida
Lo que juzga del mundo engaño y dolo;

Pues, llevando en el alma oculta herida,
Con mejor esperanza quiere sólo
Su nombre eternizar en otra vida.

IV.

LA VÍRGEN.

Brilla en su rostro púdica belleza,
De apasionado amor oye el acento,
Mas sólo está su espíritu sediento
De noble dicha de mayor alteza.

Ante el fulgor del oro y la riqueza
Siente su corazón vago tormento,
Pues sueña en dar su postrimer aliento
Mártir de la humildad y la pureza.

De su pecho en el casto santuario
Creciente fe la caridad aviva,
Codiciando el sayal para sudario.

Virtud no ve que fácil no conciba,
Y en la sombra de claustro solitario
Como cadáver se sepulta viva.

V.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Casta su faz, bajo la blanca toca,
Cual entre rayos de piedad fulgura,
Pero jamás tan célica hermosura
Pasion mortal, en quien la mira, evoca.

Manan consuelos de su dulce boca,
La caridad sublima su ternura,
En donde está no reina la amargura
Pues con sus manos el dolor sofoca.

En infecto hospital su pecho late
Velando al triste con afan prolijo
Cual vela al moribundo en el combate:

Brota su amor al pié del Crucifijo,
Y todo aquel á quien el mal abate
Para su noble corazon es hijo.

VI.

EL CRUZADO.

En era ruda de marcial pelea,
De la fe y el honor al grito santo,
Poniendo roja cruz sobre su manto
Al Asia fué con redentora idea.

Los valles y los montes de Judea
Su arrojo vieron en profundo espanto,
Y el cisne sorrentino con su canto
Ensalzóle en la lucha gigantea.

La propia sangre salpicó su veste,
Rendirle quiso el hambre desmayada,
Mortífera le hirió pálida peste;

Mas la saña infernal quedó burlada,
Pues de Luzbel y su precita hueste
La tumba de Jesus libró su espada.

VII.

EL REDENTOR DE CAUTIVOS.

Es pobre, humilde y casto. Le devora
Ansia de sacrificios sobrehumanos,
Y, al ver que entre cadenas hay cristianos,
Con lágrimas de fuego, triste llora.

Á la africana tierra, engendradora
De salvajes y fieras y tiranos,
Va tras la libertad de sus hermanos,
Por la fe de Jesus en quien adora.

Sin que el brillo del trono le deslumbre,
Ante déspota infiel sereno avanza
Para rogar con santa mansedumbre;

Y, si vana ilusion es su esperanza,
Á precio de su propia servidumbre,
¡Oh prodigio de amor! su triunfo alcanza.

VIII.

LA DESPOSADA.

Esa corona de fragantes flores,
Ese cendal que baja de su frente,
Son ante el ara símbolo elocuente
Del candor virginal de sus amores.

Su tierno corazón, no los ardores
De la pasión febril mezquino siente,
Pues á gozo ideal su noble mente
Quiere alzar pensamientos soñadores.

Dicha sublime y horas de amargura,
Goces y penas del amor materno,
Dios á su casto corazón augura;

Y acepta bien y mal con gozo interno
Cuando sobre su fe desciende pura
La bendición excelsa del Eterno.

IX.

EL MISIONERO.

Nada importa la muerte que le aguarda
De salvajes y fieras en acecho
Para impedir que en su ferviente pecho
La santa caridad germine y arda.

Con tosco Crucifijo como guarda,
Á bárbaras regiones va derecho,
Y encuentra el orbe á su piedad estrecho,
Y ya el martirio á sus anhelos tarda.

Firme arrostrando desigual combate,
Hambre, fatiga, desnudez espera,
Tumba ignorada que el orgullo abate;

Pues tan sólo su fe busca sincera
Que el reinado de Cristo se dilate
Por cuanto alumbra el sol en su carrera.

X.

LA ARREPENTIDA.

¡Algo de torpe su beldad tenia!
Por eso el débil pereció cautivo
Del dulce rostro, del mirar lascivo,
Del talle aquel que palma parecia.

Mas vergonzoso torcedor un dia
Hirió su pecho á la virtud esquivo,
Y al fulgor de la fe, creciente y vivo,
La horrenda sima vió donde yacia.

Vió sus propios hechizos con espanto
Y á lóbrega clausura su conciencia
Llevóla herida y anegada en llanto;

Y, aunque sin el candor de la inocencia,
La gracia tiene que en asilo santo
Conquista al pecador la penitencia.

XI.

LA VOZ MISTERIOSA.

Esa divina voz cuyo sonido,
Recuerdo vago de celeste idioma,
De algun ignoto sér el eco toma
Hablando al corazon más que al sentido;

La que en lenguaje de piedad henchido
Vibra doquier en cuanto el sol asoma,
Y sube al cielo envuelta en el aroma
Desde sacros altares ofrecido;

La que siempre en dolores y alegría
Despertadora de la fe cristiana,
Es de bien y de mal nuncio y vigía;

La que, heraldo de Dios, al alma humana
Por la vida mortal solemne guía...
Esa voz es la voz de la campana.

XII.

EL ÓRGANO.

Del culto del señor honra y decoro,
Bajo sagrada bóveda resuena,
Y el ancho espacio de las naves llena
De sus concetos el raudal sonoro.

Para el arte y la fe rico tesoro,
Ya copia el eco de oracion serena,
Ya reproduce tempestad que atruena,
Ya los lamentos de afligido lloro.

En voz que animan tonos sobrehumanos
Canta los triunfos y las penas canta
De felices ó míseros cristianos;

Y como allí su majestad es tanta,
Él solo puede hablar cuando en sus manos
El ministro de Dios á Dios levanta.

XIII.

EL CLAUSTRO.

Cuando de nubes lóbregas cubierto
Pobre navegador el cielo mira,
Y la deshecha tempestad con ira
Le impele hácia el escollo en rumbo cierto;
Tan sólo á Dios el corazon abierto,
Los ojos en redor ansioso gira,
Y con acerbo afan gime y suspira
Mientras no logra ver ansiado puerto.
Lo mismo por el mar de las pasiones
El hombre, á veces, cruza combatido,
Juguete vil de fieros aquilones;
Y cuando juzga verse ya perdido,
Para calmar sus hondas aficciones
Le brinda el claustro puerto apetecido.

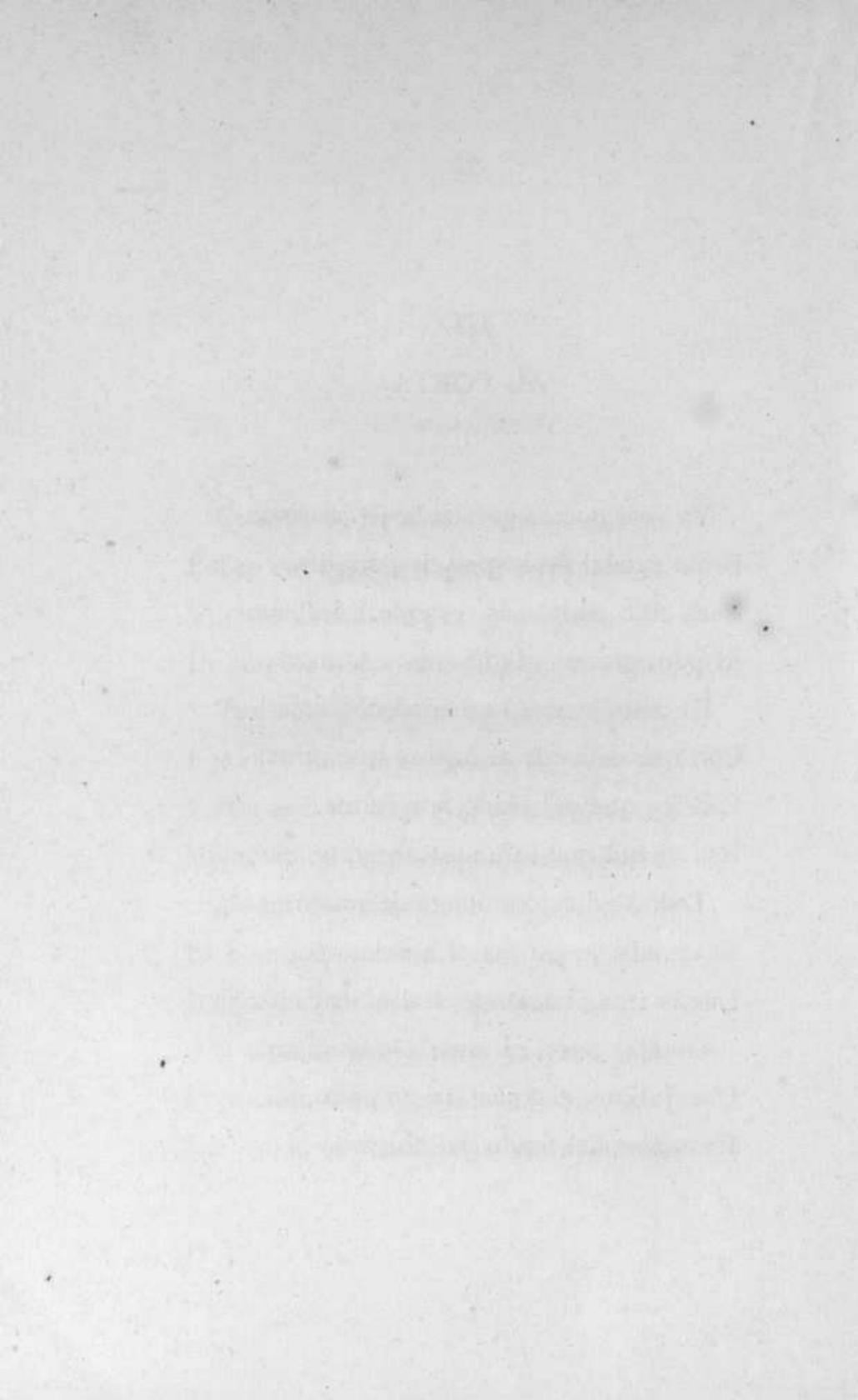
AL POETA.

Ya ves, poeta, que en la fe cristiana
Brota raudal de inspiracion sublime,
Pues ella, nada más, grandeza imprime
Al pensamiento de la mente humana.

El culto santo, la piedad no vana
Con que defiende al mísero que gime,
Esa ley que del Hado nos exime,
Esa virtud que infunde sobrehumana;

Todo te dice con lenguaje mudo
Si en ella ve corona el heroísmo,
Luz la imaginacion y el alma escudo:

Olvida, pues, el muerto paganismo
Que Juliano el Apóstata no pudo
Resucitar del fondo del abismo.



SONETOS FILOSÓFICOS.

EL ARTE ANTIGUO.

Sacar, al golpe de cincel pagano,
De las entrañas de la piedra dura,
Dulce Vénus de mórbida hermosura,
Fuerte Apolo de aliento soberano;
 ¿ ciego instinto someter ufano
La beldad de terrena criatura,
Para que en ella, con mirada impura,
Se deleitase el corazon liviano;
 Esto logró, de ricas perfecciones
Engalanando la materia esclava,
El Arte antiguo, Dios de las pasiones:
 Así Fídias el mármol animaba,
Y así la Grecia en mágicas ficciones
El alma racional encadenaba.

EL ARTE NUEVO.

Trazar viviente con pincel divino
La belleza ideal que eterna brilla
De la gloriosa Virgen sin mancilla,
Del que á salvar el universo vino;
Cantar la muerte del fatal destino,
Romper la esclavitud que al hombre humilla,
Y mostrarle la excelsa maravilla
Del más allá de su vital camino;
Esto, por bien de las humanas penas,
El Arte nuevo, con poder triunfante,
Logra en regiones de hermosura llenas:
Así vieron su luz Murillo y Dante,
Y así logra tambien que sin cadenas
El alma libre al cielo se levante.

Á ESPAÑA.

¿Porqué tu ardor, egrégia soberana,
Fué para tí de lágrimas venero?

¿Acaso olvidas el renombre austero
Y el poder que te dió la fe cristiana?

Levántate del polvo: viste ufana
Tu rudo casco y el arnes guerrero;
La lanza empuña y el broquel de acero
Que verde lauro ciñe y engalana.

Álzate, blande el hierro, y con el brío
Que en otra edad mostró tu pecho fuerte,
Reconquista tu noble poderío:

Mas ¡ay! ¿qué viene á tí sino la muerte
Cuando ya tu valor, con desvarío,
En tu propio verdugo se convierte?

AL REY,

EN NOMBRE DE LA PATRIA.

I.

Si España, infiel á Dios, se despedaza
Loca por el furor; si al hondo abismo,
Cual á impulsos de aciago fatalismo,
Su propia ceguedad rumbo le traza;
No burlarán el mal que le amenaza
Quimeras que engendró sú seno mismo,
Ni la sangre de estéril heroismo,
Ni las contiendas de iracunda raza.

La voz de aquella Fe que nunca yerra,
El alma justa, el bueno, el penitente,
La vírgen del Señor que el claustro encierra,
Esos alcanzarán perdon clemente
Para tanta maldad, pues en la tierra
La sangre que redime es la inocente.

II.

Por eso tú, Señor, que de la vida
Rayando apenas en la edad temprana
Recibes la corona castellana

Salpicada con sangre fratricida,

No esperes de la cólera encendida,

Ni de incrédulo error y ciencia vana,

Bálsamo que tu diestra soberana

Pueda verter sobre la patria herida.

Pide auxilio á la Fe, sol invisible,

Y sus rayos te den siempre serenos,

Dulce piedad, justicia indefectible;

Y en estos dias, de amargura llenos,

Sé, más que de los malos juez terrible,

Defensa y patrocinio de los buenos.

III.

¿Y quiénes son? Los que en mansion oscura
Viven vida de honor y sacrificio,
Los que ansiando virtud huyen el vicio,
Los que sirven á Dios con alma pura.

Por ellos esta patria sin ventura
Llegar no debe al fin del precipicio,
Pues el cielo, á su voz, hará propicio
Que el iris de salud raye en la altura.

Entónces tú, que mirarás colmado
Del bien comun tu férvido deseo,
Rigiendo en paz la nave del Estado,

Verás que España ostenta, cual trofeo
De su victoria del dolor pasado,
La redentora Cruz del galileo.

IV.

Esto siente la patria que blasona
De seguir el honor de tus mayores,
Aquella que con timbres y loores
Dilató su poder de zona en zona,

La que á grata esperanza se abandona
De que mitigue el cielo sus dolores,
La que anhelante aguarda que decore
Con católica perla tu corona.

Y yo que, en vez de la sangrienta palma,
Ver, para todos, tremolar ansío
La alegre oliva que las penas calma,

Súplica igual hasta tu solio envío:
No desoigas mi voz que es voz del alma,
No desdeñes mi acento por ser mio.

DOS CUADROS.

I.

LA GUERRA.

Pavoroso fragor, choque de espadas,
Llanura estéril sin verdor ni riego,
Palacios consumidos por el fuego,
Trincheras de cadáveres colmadas,
Solitarias y lúgubres moradas,
Vago terror, mortal desasosiego,
Gritos de perdición y enojo ciego,
Doncellas tristes, madres enlutadas;
En la ciudad persecucion y encono,
En los campos estrépito y pelea,
En el taller silencio y abandono;
Negro pendon, incendiadora tea,
Rotos altares, inseguro trono.....
Pues tales frutos da, ¡maldita sea!

II.

LA PAZ.

Campo de rubia mies que el aire mece,
Suelto rebaño en frescos tomillares,
Humo leve de rústicos hogares,
Cantar del que afanando no padece;

En el útil taller vida que crece,
Juramentos de amor en los altares,
Nave feliz que boga por los mares,
Rápido tren que pasa y desaparece;

Númen para la mente voladora,
Premio para la insólita fatiga,
Móvil para la industria que atesora;

Blanco cendal risueño, luz amiga,
Fecundo gérmen, calma bienhechora.....
Pues tales frutos da, ¡Dios la bendiga!

TRES EDADES.

I.

ADOLESCENCIA.

¿Quién hizo tal vergel cuyos primores
Imaginar no pudo mi deseo?
En misterioso Eden hallarme creo:
Jamás codiciaré dichas mayores.
¿Abren por mí sus cálices las flores?
¿Son para mí los frutos que aquí veo?
¿Me festeja con músico gorjeo
Ese tropel de pájaros cantores?
Si la ventura que doquier diviso
Con gratas seducciones me convida
Á morar en terreno paraíso;
Si el alma, de placer embebecida,
Logró cuanto lograr en sueños quiso,
¡Qué bella debe ser la humana vida!

II.

VIRILIDAD.

¿Qué me quieres? aparta de mi lado;
No tu puñal sepultes en mi seno:
Yo de tu influjo aciago estaba ajeno,
Desengaño fatal y despiadado.

¿Por qué, con yerto soplo emponzoñado,
Turbaste así mi corazón sereno?

¿Por qué mi dulce Eden, de flores lleno,
En desiertos de abrojos has trocado?

¡Ay! si la vida que soñé de rosa
Cuando rayó mi alegre adolescencia,
Por tu maldad en lágrimas rebosa;

Si la dicha se va con la inocencia,
Y la inocencia vuela presurosa.....

¡Qué carga tan pesada la existencia!

III.

DECREPITUD.

Pálido el sol de los postreros días
Toca en la noche de mi vida triste,
Mientras la muerte á mi penar asiste
Buscando el fin de las congojas mias.

Pues no me quedan gozos ni alegrías,
Pues hoy el corazon de duelo viste,
¿Por qué sólo ventura me ofreciste,
Esperanza falaz que me reias!

¡Ay! todo muere. De la tumba el hielo
Cunde en mi sangre: mis pupilas cierra
Sueño tenaz con funerario velo.

Felicidad, el que te invoque, yerra.....
Mas ¿eres tú? ¿Me llamas desde el cielo?
¡Y te buscaba loco por la tierra!

LA NUEVA CIENCIA.

Siempre que á solas aterrado leo
Los mil delirios que la ciencia loca
De la mente febril audaz evoca
Para explicar el hombre á su deseo,
Aherrojada paréceme que veo
Nuestra razon, que su impotencia toca,
Lo mismo que en la cumbre de la roca
Pintaban al pagano Prometeo.

Por más que con orgullo desmedido
Forje mendaz hipótesis extrañas,
Su satánico ardor verá perdido;
Y, en premio á sus visiones y patrañas,
Remordimiento atroz y merecido
Buitre será que roa sus entrañas.

ESPAÑA Y AMÉRICA.

Á COLON.

Con fe que visionaria se creia
Desconocido mundo al mundo abriste,
Y, en señal de adopcion, la Cruz pusiste
En la playa que alegre te acogia.

España fué desde tan fausto dia
Luz de aquella region que tú le diste,
Hasta que el infortunio, en hora triste,
El vínculo rompió que las unia.

Mas ¡vana desunion! Dios la rechaza,
Y, á despecho de zonas tan distantes,
Nudo de amor en una las enlaza;

Que en hija y madre son, cual eran antes,
Idénticos los nombres y la raza,
La Religion, y el habla de Cervántes.

LA MAYOR FUERZA.

El más firme carácter, la más fuerte
Resolucion de pecho generoso,
El ímpetu del hombre valeroso
Que combate en la lid, á vida ó muerte;
Cuanto en el mundo su vigor convierte
Á ver logrado anhelo fervoroso,
Suele encontrar poder más vigoroso
Que á sus ansias opone dura suerte.

Mas hay fuerza mayor sin fortaleza
Que arrolla con imperio soberano
El obstáculo y dique en que tropieza:
Ésta, á quien toda voluntad en vano
Pretende resistir, es la flaqueza
De la mujer, del niño y del anciano.

LA HISTORIA ENSEÑA.

«Pueblo inmortal que estás desheredado
De los placeres de que al rico llenas,
Sísifo del trabajo y de las penas,
Ixion á tu rueda condenado;

»Si por suerte feliz me fuera dado
Despedazar tus bárbaras cadenas,
Á costa de la sangre de mis venas,
Hiciéralo, en tus aras inmolado.»

Tal en la vieja Roma que moria,
Y del Foro en el público recinto,
Siempre el tribuno popular decía;

Mas ¡ay! aquel amor, que débil pinto,
Máscara engañadora ser solia
De quien era tirano por instinto.

EL TESORO OCULTO.

En sus entrañas lóbregas, la tierra
Guarda inmenso caudal de plata y oro,
Cual en triste morada su tesoro
Guarda el avaro á quien la luz aterra;

Mas el audaz minero que no yerra,
Por enjugar del infortunio el lloro,
Por dar á la opulencia más decoro,
Pone ante nuestra vista cuanto encierra.

Tal en el hombre, bajo faz sencilla
Y rústica ignorancia y tosco acento,
Sublime corazon á veces brilla;

Mas viene dura prueba, y al momento
Se ven brotar del alma sin mancilla
Cuantos tesoros tiene el sentimiento.

LA MALEDICENCIA.

Crece en bello jardin flor seductora,
Gala y ornato del ardiente estío,
Ostentando las perlas de rocío
Con que su frente coronó la aurora;
Pero viene despues mano traidora,
Y, al impulso de ciego desvarío,
Seca sus hojas con furor impío
Disipando el perfume que atesora.

Pues vileza mayor que el que marchita
Las puras gracias de la flor modesta
Que en candor y beldad era exquisita,
Comete aquel que por maldad funesta
Con el baldon de la calumnia quita
Su fama y nombre á la mujer honesta.

UNA VOZ.

Cuando á solas estoy, mi fantasía
Vibrar la escucha con temido acento
Siempre que torpe dirigir intento
Por la senda del mal la planta mia.

Otras veces, cual eco de alegría
Que para alivio de mi pena siento,
Da la paz al turbado pensamiento
Cuando tan sólo el bien mi paso guía.

¿Quién pronuncia tal voz muda y extraña,
Compañera léal de mi existencia,
Como severo juez que nunca engaña?

¿Será de mi ilusion vana creencia,
Ó de invisible sér que me acompaña?
¡Es la voz inmortal de mi conciencia!

Á ORILLAS DEL MAR.

¡Oh mar! Si miro que al fragor del trueno
El iracundo vendaval te azota;
Si miro que la cándida gaviota
Pasa rozando tu cristal sereno;
Ya rojo salga de tu vasto seno
Fúlgido sol que por oriente brota;
Ya la noche que el éter encapota
Su velo tienda de pavora lleno;
Siempre anhelo partir sin ver á dónde,
Grave arcano en tu faz reparo escrito,
Voz de los aires á mi voz responde:
Y es que inmenso placer, gozo exquisito
Hallo al mirarte porque en ti se esconde
La imágen terrenal de lo infinito.

Á UN TRIBUNO.

Ayer al pueblo que feliz dormia
Sacó tu ardiente voz del grato sueño,
Inoculando en él por loco empeño
Gérmenes de soberbia y rebeldía:

Hoy ese pueblo mismo, ya sin guia,
Sus iras muestra con horrible ceño,
Y juzga el mundo á su ambicion pequeño
Y se destroza en bárbara porfía.

La sangre al ver que inútil se derrama,
Al ver doquiera luchas y maldades,
Rubor tardó tu mejilla inflama;

Mas no sueñes unir las voluntades,
Pues, cual triste experiencia lo proclama,
Quien siembra vientos coge tempestades.

LOS NUEVOS BÁRBAROS.

¿No los veis por doquier? Libres campean:
Son los precitos que en creciente bando
Contra Dios y su ley, con ódio infando,
Mofa y calumnia sin descanso emplean.
De excépticos é inícuos alardean;
Y, ahogarla en sangre sólo codiciando,
Despues de sacudir su yugo blando,
Á la esposa de Cristo abofetean.

Hoy el mundo á su paso tiembla y cruge
Cual de las fieras hordas de Germania
Temblaba en otra edad al rudo empuje:
¿Por qué tanto furor y tal insania?
Porque lo ordena Lucifer que ruge
Bajo el nubloso cielo de Alemania.

UN HOMBRE PÚBLICO.

Daba ayer á la nave del Estado,
Por el mar proceloso, rumbo y guia,
Y sólo en derredor el eco oia
De ardiente vitor á su gloria alzado.

Hoy la instable opinion deja olvidado
Al que domó la tempestad bravía,
Sin saber que en los lauros que ceñia
Lleva puro á su hogar uno ignorado:

Es que nunca albergó las ilusiones
Que suscita el poder, en cuya alteza
Brotan al par delirios y ambiciones;

Y vedando á su honor toda impureza,
Conservó sin mancilla en sus blasones
El de precio más caro: la pobreza.

Á UN ATEO.

¿Y tú niegas á Dios con torpe acento?
¿Pues no lleva el mortal siempre consigo
Ese inefable nombre que bendigo,
Verbo de luz que alumbra el pensamiento?
¿Por qué, si no, tenaz remordimiento
Donde quiera que vas es tu enemigo?
¿Por qué de tus terrores fuí testigo
Cuando llamó la muerte á tu aposento?
Deja locos delirios. Si el que yerra,
Detestando el error, logra su palma,
Para el orgullo vil tu pecho cierra:
Á la tierra y al cielo mira en calma,
Y si no ves á Dios en cielo y tierra
Debe ser porque tienes ciega el alma.

UN HOMBRE FELIZ.

Pobre y doliente lleva por la vida
Cortejo de dolores y amargura:
Nombre vano parece la ventura
Para su suerte, siempre endurecida.

La perfidia le abrió mortal herida
En torpe galardón de su ternura:
Del negro olvido entre la niebla oscura
Su nombre oculto está, perla escondida.

Así padece, y nunca de su seno
Brotó señal de estéril impaciencia
Contra las cuitas de que vive lleno.

¿Por qué su rostro plácida apariencia
Para todo pesar muestra sereno?
Porque tiene sin sombras la conciencia.

EL SOL Y EL RAYO.

Cuando en la cima de elevada sierra
Dorado sol sin nubes amanece,
Su bienhechora luz rejuvenece
Con benigno calor toda la tierra;

Y cuando el rayo que la nube encierra
Con lividez siniestra resplandece,
Aunque el aire á su ardor volcan parece
Luégo vuelve á reinar noche que aterra.

Tal en el cielo del saber humano
La pura fe su resplandor dilata,
La soberbia razon es fuego insano:

Mientras de honrar al hombre aquélla trata,
Esta quiere juzgarle polvo vano,
Porque fecunda el sol y el rayo mata.

FENÓMENO SOCIAL.

Hombre de fe que en pro de la justicia
Al mundo pide pública palestra
Sólo debe aguardar suerte siniestra
Porque soberbio el mundo se desquicia.

Nunca la sociedad halla propicia,
Doquier la ingratitud su faz le muestra,
Y al fin en desengaños le amaestra
Con perenne leccion la vil malicia.

Aunque su nombre puro brille honrado,
En él se ceba con mordaz intento
Gárrula turba, mengua del Estado;

Y esa turba que ve su entendimiento
Le llama en galardón necio y cuitado.....
¡Como si la impiedad fuese el talento!

LOS DOS CREPÚSCULOS.

I.

EL DE LA MAÑANA.

Cesó la oscuridad. El vario trino
De tiernas aves al tender su vuelo,
El rubicundo albor que tiñe el cielo
Por donde triste ayer la noche vino;
El pausado cantar del campesino
Que rompe con su arado el fértil suelo,
Los murmullos de brisa y arroyuelo,
De la campana el toque matutino;
Esta belleza siempre regalada,
Risueña union de luz y de armonía,
Alienta al mundo tras la sombra odiada,
Cual, despues de dolor que le affigia,
Alientó da, del cuerpo en la morada,
Al espíritu humano la alegría.

II.

EL DE LA TARDE.

¡Hora de encantos inefables! ¡Hora
De secreto penar! El sol se ausenta,
Y, al advertir su marcha macilenta,
Suspira el mundo que su fuego adora.

Un cortejo de nubes que le llora
Hacia el ocaso triste se presenta,
Y por grados la luz se apaga lenta,
Y gime el ave que su vuelta implora.

La sombra ved que en fúnebres crespones
Noche invasora por el aire lanza,
Cual dando fin á bellas ilusiones:

Y sí lo da, pues viendo tal mudanza
Recuerdan los sensibles corazones
El último esplendor de la esperanza.

DOS TEMPESTADES.

I.

En siesta calurosa nube oscura
De lejano horizonte brota y crece,
Y el cielo, á poco, lóbrega ennegrece
Gotas lanzando con violencia dura.

Ya fugaz el relámpago fulgura,
Brama el viento y el rayo resplandece,
Y el trueno ronco zumba y estremece
Con estampido horrísono la altura.

Deshácese en torrentes el nublado
Y la vasta campiña mar semeja
Que mengua pronto, cual se vió formado:

Rómpense nubes donde el sol refleja,
Se muestra el cielo en partes azulado
Y el íris sale y el turbion se aleja.

II.

Tal en el hombre para el bien dormido
Se levanta falaz pasión lejana
Que á breve tiempo le sojuzga ufana
Dejándole en tiniebla sumerjido.

Toda noble virtud, todo escondido
Sentimiento de honor vela tirana,
Llevándole hasta el crimen inhumana,
Cual siervo dócil á su voz rendido.

Mas en las iras que le dan tormento
Vasto raudal de llanto impetuoso
Le arranca al fin mortal remordimiento:

Muéstrase Dios á su oración piadoso,
Manda que el iris ilumine el viento,
Y encuentra en el perdón luz y reposo.

PROBLEMA POLÍTICO.

Á veces veo que irritada plebe,
Ó caudillos de esfuerzo y de bravura,
Ganar queriendo del poder la altura,
Vencidos quedan tras de lucha breve.

Otras, falaz conjuracion, que debe
Considerarse escándalo y locura,
Da remate feliz á su aventura
Marchando al parecer con rumbo aleve.

Y digo yo, cual todo ciudadano:
¿Cómo falso motin halla su centro
Y ardiente rebelion es humo vano?

Pero por fin la solucion encuentro:
Es que, cuando se vence, oculta mano
Las puertas del poder abre por dentro.

Á UN FILÁNTROPO.

De tu elocuente boca se derrama
Tu amor al pueblo, en su vivir precario:
Duéleste del humilde proletario,
El fausto del poder tu enojo inflama.

Mas entre el coro que tu nombre aclama,
Alguna vez un grito solitario
Osa llamarte de virtud falsario,
Sólo atento á tu pro como á tu fama.

No sé si en ti se anida el egoismo,
Pero confieso que á mis ojos eres
De bien y mal inescrutable abismo;

Pues dudo, aunque torpeza lo creyeres,
Si al prójimo querrá quien á sí mismo
Se quiere tanto como tú te quieres.

GALERÍA HISTÓRICA.

I.

Á CERVANTES.

En vano fué si con rigor sangriento
Doquier te persiguió bárbara suerte,
Si con rostro impasible pudo verte
Sin escuchar tus quejas, ni tu acento.

Tú del desden el áspero tormento
Supiste resistir con alma fuerte,
Aguardando que el sello de la muerte
Avalorase al fin tu pensamiento.

No te engañaste: con dolor profundo,
Tu ingenio, sol que sin ocaso brilla,
Muriendo hiciste conocer al mundo;

Y ya tu excelsa gloria nadie humilla
Porque fuiste primero y sin segundo
En dar su nombre al habla de Castilla.

II.

FR. LUIS DE LEON.

Del Horacio gentil copia cristiana,
Y con el tono austero del profeta,
Cantó la Fe cual místico poeta
En la rotunda lengua castellana.

Aunque docto en la ciencia soberana
Que al Verbo tiene por gloriosa meta,
Aunque en el claustro riguroso asceta,
Logró por premio cárcel inhumana.

Los que su vida inmaculada vieron,
Cual dulce imágen en cristal bruñado,
En ella su virtud mirar pudieron;

Y, firme en la humildad, supo advertido
Por la senda seguir por donde fueron
«Los pocos sabios que en el mundo han sido.»



III.

Á VELÁZQUEZ.

El que logró, cual tú, fácil victoria
En la esfera del Arte esclarecida,
Robando sus colores á la vida
Y eternizando hazañas de la historia,
 Bien mereció que insigne su memoria
Sobre libro inmortal fuera esculpida,
Y que poeta-rey, con fe encendida,
Se hiciese heraldo de su inmensa gloria.

Nunca puedes morir. Frescos laureles
Eternos han de ser en tu cabeza,
Pues tu genio fué tal ¡oh nuevo Apeles!

 Que el alma en sueños á dudar empieza
Si la verdad copiaron tus pinceles,
Ó en ellos la aprendió Naturaleza.

IV.

QUINTANA.

Si conquistara yo, con lid ardiente,
La corona que Píndaro ceñía,
Como tributo al genio, la pondría
Del hispano cantor sobre la frente.

El númen de su voz grandilocuente
Los ánimos inflama todavía,
Y el eco vividor de su armonía
Va de edad en edad, de gente en gente.

Heraldo de magnánimas acciones,
Victorioso alcanzó como trofeo
El laurel de perínclitos varones;

Mas ¡oh! pintar su apoteosis creo
Con decir que ante el Corso y sus legiones
Fué para España sombra de Tirteo.

V.

Á GUTTEMBERG.

Del duro pedernal el hierro duro
Hace chispa brotar que centellea
Por cuyo intenso ardor despues flamea
La hoguera que ilumina el aire oscuro.

Así tambien, de tu poder seguro,
Tenaz clamando: «Que la imprenta sea»,
Con recio golpe de insistente idea
Brillar la hiciste, sol de lo futuro.

Al conocer tu poderoso invento
Sacudió la razon todo desmayo
Y quedóse indeleble el pensamiento:

Brotó la luz de tu sublime ensayo,
Mas ¡ay! diste al error en tal momento
La ciega rapidez que tiene el rayo.

VI.

Á MURILLO.

Como el águila audaz que á los confines
Del alto cielo sube arrebatada,
Tal ascendió tu mente á la morada
Que alegran con su voz los querubines.

De rosas, lirios, nardos y jazmines
Á la Virgen sin par vió coronada,
Sobre escabel de luna plateada
Y entre nubes y alados serafines.

Si aquel semblante descubriste al hombre
La fe mostrando que en tu genio ardía,
¿Cómo será que el mundo no se asombre!
¿Cómo tu gloria fenecer podría,
Si en la gloria del Arte va tu nombre
Junto al excelso nombre de María!

VII.

NAPOLEON.

Soberbio corso, nuncio del espanto,
De César arde con él la insigne llama:
Titánica ambicion su pecho inflama
Y riega su laurel con sangre y llanto.

El cetro rompe del Vicario santo,
Eculpe en las Pirámides su fama,
Y cuando el orbe su señor le aclama
Se ciñe audaz imperatorio manto.

Guerrero de fortuna, sin segundo,
Le ven los reyes con terror y pena,
Le ve mi patria con desden profundo;

Y tras la gloria de Marengo y Jena,
Despues de avasallar el ancho mundo,
Cautivo y solo muere en Santa Elena.

VIII.

PIO NONO.

Es luz del mundo. Suscitóle el cielo
Para que fuese en trono de dolores
Rey de Reyes, Pastor de los Pastores,
De humana perfeccion claro modelo.

Si la impiedad, con farisáico celo,
Quiere esparcir la hiel de los errores,
Habla su voz, y vientos voladores
Difunden la verdad, pura y sin velo.

Entre el furor de turba parricida,
Vicario de JESUS, bálsamo vierte
Sobre toda virtud que gime herida;

Y emblema son y augurio de su suerte
Tiara de Pontífice en la vida
Y corona de Mártir en la muerte.

IX.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Como va por los verdes tomillares
El cabritillo tras la suelta cabra,
Así camina en pos de la palabra
De la Esposa ideal de los Cantares.

Con lágrimas, zozobras y pesares
Al cielo pide que sus puertas abra,
Siendo tan justo que por fin se labra
La corona que ostenta en los altares.

Y tan celeste brilla su memoria,
Vuela con tal ardor su fantasía
Mas allá de la vida transitoria,
Que parece decir que en sí tenía
Anticipado goce de la gloria
Cuando aquí militaba y combatía.

X.

HERNAN CORTÉS.

Tanto fué su valor extraordinario
El imperio al rendir de Motezuma,
Que luégo que en su abismo el tiempo suma
Siglos y siglos como en vasto osario,
Se dirá que su nombre legendario,
Cuya fama sin par la historia abruma,
Fué quimera feliz de docta pluma,
Ó tradicion de pueblo visionario.

Mas en vano será, que eternamente
Brillarán las empresas, no soñadas,
Del guerrero y político eminente;

Y siempre las naciones espantadas
Verán en aquel mar, cual pira ardiente,
El humo de sus naves incendiadas.

XI.

LOPE DE VEGA.

Cuanto sueña vivaz la fantasía
De grande en el humano entendimiento
Sombra será no más para el portento
Que en Lope al mundo el Hacedor envía.

Á su poder la celestial Poesía
Somete Dios con soberano acento,
Y á cuanto cubre el ancho firmamento
Canta su númen, rico de armonía.

Honra de caballero, amor de dama,
Soñada tradicion, veraz historia,
Todo engrandece al par su vena y fama;

Y para timbre de inmortal memoria
Fénix de los ingenios le proclama
El ingenio mayor, de España gloria.

XII.

Á CALDERON.

Pöeta insigne, noble caballero,
Sacerdote del Dios crucificado,
De perfecciones ínclito dechado,
Gloria y asombro para el mundo entero;
Tú debiste al honor númen severo,
Y á la piedad acento delicado,
Como al amor su fuego arrebatado,
Como á la fe su idioma verdadero.
Toda pasion que al ánimo enaltece,
Toda virtud á que se da renombre,
El genio en ti simbolizar parece;
Y, para gloria del cantor y el hombre,
Tu egregia fama con los siglos crece,
La vida es sueño pero no tu nombre.

XIII.

FELIPE SEGUNDO.

En siglo de combate y rebeldía
Sobre el trono reinó de sus mayores,
En tanto que sus tercios lidiadores
Por Europa y América extendía.

La fe que conturbada se veía
Sostuvo con insólitos rigores,
Y el secuaz de Lutero, en sus furores,
Demonio le llamó del Mediodía.

El rastro que dejó con su memoria
Es de los hombres campo militante:
Ya le colman de oprobio, ya de gloria;

Pero ¿quién negará que fué gigante
Y que su fama eternizó la historia?
Nadie jamás: ni el fiero protestante.

XIV.

QUEVEDO.

Del filósofo insigne la prudencia,
Del escritor cristiano la doctrina,
Del poeta la vena peregrina,
Del profundo político la ciencia;
 Cuanto ilustra la humana inteligencia,
Destello terrenal de la divina;
Cuanto en el corazón al bien inclina,
Liberal le otorgó la Providencia.

Mas, al rigor de Juvenal propenso,
Alguna vez salió de sus entrañas
Sátira alegre de poder intenso;

Y, siendo el esplendor de las Españas,
¡El vulgo de los hombres, que es inmenso,
Le reputa bufón en sus patrañas!

XV.

GARCILASO.

Alas le dió la noble fantasía,
El puro amor su dulce sentimiento,
El alto númen inspirado acento,
La castellana lengua su armonía.

El fuego patrio del que gloria ansía
Dióle tambien su bélico ardimiento,
Y, en el combate bárbaro y crüento,
El honor militar su bizarría.

Así de lauro insigne coronado,
La muerte, que al guerrero no respeta,
Al vate sin querer ha perdonado:

Su victoria con él no fué completa,
Que, si le pudo herir como soldado,
Eterno vivirá como poeta.

XVI.

HAYDN.

¿Veis el ave que en lóbrega espesura
Canta para cumplir con su destino?
Así cantó su ingenio peregrino
Con blandos tonos de sin par dulzura.

Cuando ciñó laurel que eterno dura,
Abrojos mil hollaba en su camino,
Mas él siguió su cántico divino,
Gozo de aquella y de la edad futura.

Del propio hogar en el asilo inquieto,
Ó en la régia mansion que le acogia,
Reveló de su mente el don secreto;

Y de su pluma, fuente de armonía,
Brotó vivaz el rígido Cuarteto,
Y, como inmenso mar, la Sinfonía.

XVII.

MOZART.

En su vida fugaz, vida de gloria,
Favorecióle Dios con tal largueza
Que nunca genio de mayor alteza
Registraron los siglos en la historia.

Adivinó, para inmortal memoria,
La recóndita luz de la belleza,
Y en *Don Juan* retrató nuestra fiereza
Que lucha contra el cielo sin victoria.

Al ver su númen, ínclito y fecundo,
Destello de region inexplorada,
Estatuas y coronas dióle el mundo;

Y alguna voz defiende apasionada
Que más bien que portento sin segundo
Era Mozart la Música humanada.

XVIII.

BEETHOVEN.

Cual se desborda atronador torre
Sin encontrar el férvido olĕaje
Dique más poderoso que lo ataje,
Así brotaba el estro de su mente.

En él hallaron, con vigor creciente,
Rindiéndole humildoso vasallaje,
La pasion abrasada su lenguaje,
Naturaleza su pintor potente.

Y tuvo corazon tan altanero,
Tan soñadora y clara fantasía,
Y acento varonil tan verdadero,

Que en su tumba grabarse debería:
«Yace aquí de la Música el Homero,
Miguel Angel del canto y la armonía.»

XIX.

ISABEL LA CATÓLICA.

Por ley patente del poder divino
Con diadema sin par fué coronada,
Y, de Castilla y de Aragon amada,
Cumplió con gloria su inmortal destino.

Dió su virtud aroma peregrino
En tálamo y hogar acrisolada,
Y su diestra clavó sobre Granada
La Cruz de Recaredo y Constantino.

Pues al audaz espíritu del hombre
Corazon de mujer unió sincera,
Laurel eterno su sepulcro alfombre:

Su gloria no será precedera,
Que, así como en los fastos de su nombre,
En todo lo sublime fué primera.

XX.

CISNEROS.

Piloto experto que en airados mares
De la sirte libró la frágil quilla,
Tal regentaba el cetro de Castilla,
De turbulento siglo en los azares.
Eran entónces genios tutelares
Su aliento heróico, su piedad sencilla,
Y su nombre quedó cual maravilla
En la insigne ciudad del claro Henares.

Firme sosten de la corona hispana,
Pasmo y terror del africano fiero,
Potente escudo de la fe cristiana,
No sé qué pudo merecer primero,
Si la sublime púrpura romana,
Ó la robusta cota del guerrero.

XXI.

TIRSO DE MOLINA.

Flaquezas propias lamentó sin duda,
Pues tanto las ajenas comprendía
Que siempre en sus ficciones ver hacia
Clara y picante la verdad desnuda.

Copió tan bien al malo que se escuda
Con que largo el castigo se le fía
Como al que desespera en rebeldía
De la clemencia que al perdon ayuda.

Cañido del laurel que fué su anhelo,
Por la mundana sociedad bien quisto,
Sintió pesar, amargo desconsuelo;

Y, despues que á los hombres hubo visto,
En la vida del claustro fué modelo
Y apóstol en la cátedra de Cristo.

XXII.

GUZMAN EL BUENO.

En tanto que á Tarifa, en cerco duro,
Rige Guzman que por su rey combate,
Del hijo idolatrado cual rescate,
Yacub la exige, de vencer seguro;

Mas él, por no manchar su nombre puro,
Resiste del dolor el fiero embate,
Y, por si falta acero que le mate,
Su propia daga arroja por el muro.

Al ver su fuerte corazon sereno,
Heróico ante el tormento que le amaga,
Dios le consuela, de piedades lleno;

Y, eternizando su victoria aciaga,
Sólo escribe el honor: «Guzman el Bueno»
Con la sangre del hijo y con su daga.

XXIII.

Á WAGNER.

Al fulgor del relámpago te ostentas
Ante el mundo feliz de la armonía,
Y en conturbar su calma y su alegría
Tu luchador espíritu apacientas.

Esfinge de la Música ¿qué intentas?
¿Qué poder misterioso aquí te envía?
¿Vienes de la region del claro día?
¿Vienes de la region de las tormentas?

Al ver que al arte de su culto amado
Osas fiero decir: «Soy tu monarca»,
Beethoven, muerto, se estremece airado;

Y el orbe ignora si tu genio marca
La huella del apóstol bienhadado,
Ó el paso destructor del heresiarca.

XXIV.

UN APÓSTATA.

Cuando la fe sus rayos esparcía
Hasta la oscura zona más distante
Como sol cuya lumbre fulgurante
Desde el cenit irradia en claro día;

Torvo Luzbel, que atónito veía
Flaca su fuerza y su poder menguante,
Quiso vencer á la rival triunfante
Despertando la humana rebeldía.

Y dijo en su furente parasismo:
«Para perder al hombre, como quiero,
Hagámosle verdugo de sí mismo»:

Prestó sus alas al orgullo fiero,
Y, de los antros del horrendo abismo
Vino al mundo el apóstata Lutero.

XXV.

UN APÓSTOL.

Cuando soberbia la razon humana
Se rebeló con torpe atrevimiento
Logrando estremecer en su cimiento
El templo augusto de la fe cristiana;
Dios, con misericordia soberana,
Y á sostener la humanidad atento,
Quiso que aquel satánico ardimiento
Fuese contra su altar cólera vana.

Y dijo de su amor en lo profundo:
«Que la dulce humildad subyuge sola
Del infierno el encono furibundo»;

Y, como el mártir que su vida inmola,
Para consuelo del turbado mundo
Surgió glorioso Ignacio de Loyola.

XXVI.

BÁLMEŒ.

Gloria del Ter, y cerca de su orilla,
Difundiendo la luz nace en buen hora
Como risueña la esplendente aurora
Tras noche opaca por el cielo brilla.

En existencia breve y sin mancilla,
Con noble afan virtudes atesora,
Y, paladin de la verdad que adora,
Al secuaz del error vence y humilla.

Por ello al fin de su vital campaña,
Del mundo del saber en la presencia,
La muerte que al fallar nunca se engaña,

Llamóle por su eximia inteligencia
Blason de Cataluña, honor de España,
Atleta de la fe, sol de la ciencia.

XXVII.

BRETON DE LOS HERREROS.

Rey del decir, tirano de la rima,
Fuente inexhausta de sin par gracejo,
Vate cuyas ficciones son espejo
De flaquezas que en burla ponen grima;

Ingenio del donaire á quien sublima
Gallarda inspiracion, del sol reflejo,
Por Dios creádo en pródigo consejo
Para alegrar el alma cuando gima;

Tal es el gran Breton; y tanto encierra
Su fácil númen gracia chispëante
Regocijando la española tierra,

Que su acento al oir un solo instante,
Claman todos: «¡Breton!» y nadie yerra
Porque ni tiene igual, ni semejante.

XXVIII.

EGUÍLAZ.

Jóven lanzó su postrimer aliento,
Vivas dejando en la española escena
Inspiraciones de fecunda vena
En que el gran Alarcon le dió su acento.

Falto le ví de dicha y valimiento
Con el trabajo mitigar su pena,
Y ví que en el dolor, con faz serena,
De lágrimas bañaba su sustento.

Noble y perseverante sin medida,
Supo ganar honradas voluntades,
Supo ceñir corona apetecida;

Y luchando entre dulces falsedades
Y verdades amargas de la vida,
Al bien sirvió, verdad de las verdades.

XXIX.

HARTZENBUSCH.

De humilde estado que pregona y ama
Subió del mundo á cumbre prominente:
Bondad, númen, saber, ciñen su frente
Con noble lauro que esplendor derrama.

Mäestro insigne le juzgó la fama,
La envidia ante sus pies ruge impotente:
Al aplauso futuro ya presente,
No le adula quien férvido le aclama.

Tendrá su nombre gloria duradera,
Y justo premio su virtud sencilla,
Prez del vate y del hombre en la carrera:

Y en honra de Alemania y de Castilla,
Guardarán su sepulcro cuando muera
Las sombras de Isabel y de Marsilla.

XXX.

LEPANTO.

Y dijo el Turco: «Sin piedad alguna,
Subyugaré la tierra con mi espada:
La Cruz por Constantino venerada
Sierva será de mi creciente luna.»

Y, ciego con su bélica fortuna,
Por la llanura de la mar turbada
Tendió las naves de potente armada,
Grande como hasta allí no fué ninguna.

Roma, España y Venecia, sus bajeles
Lanzando entónces sin terror ni espanto,
Riñeron con los bárbaros crüeles;

Y, de la fe cristiana al grito santo,
Vencido por Don Juan, rayo de infieles,
Tumba de aquel soberbio fué Lepanto.

XXXI.

TRAFALGAR.

En el golfo que á Cádiz se avecina,
Donde en combate de furor sombrío
Nélson ganó, muriendo en su navío,
El cetro con que Albion la mar domina;

Salpicado en la sangre de Gravina,
Y al rudo empuje de huracan bravío,
De España y Francia el alto poderío
Despareció con bárbara ruína.

No quiso Dios legarnos la victoria,
Mas Él, que la desdicha en bien convierte,
Mi patria eternizó sobre la historia;

Pues si alcanza laurel venciendo el fuerte,
Tambien conquista perdurable gloria
El que sabe con gloria hallar la muerte.

XXXII.

BAILÉN.

Aquel glorioso, memorable día
Que bañaba de luz el sol ardiente,
Cuando la Galia dobló su frente
En la tierra feliz de Andalucía,
 Venganza fué de la jornada impía
En que Madrid, con alma independiente,
Su noble sangre derramó valiente
Resistiendo extranjera tiranía.

Sin el auxilio de nación extraña,
Dejó Bailén ó quebrantada ó rota
La espada que al germano hirió con saña;
 Y en humilde region al mundo ignota,
Dió la señal del triunfo para España
Y fué del Corso la primer derrota.

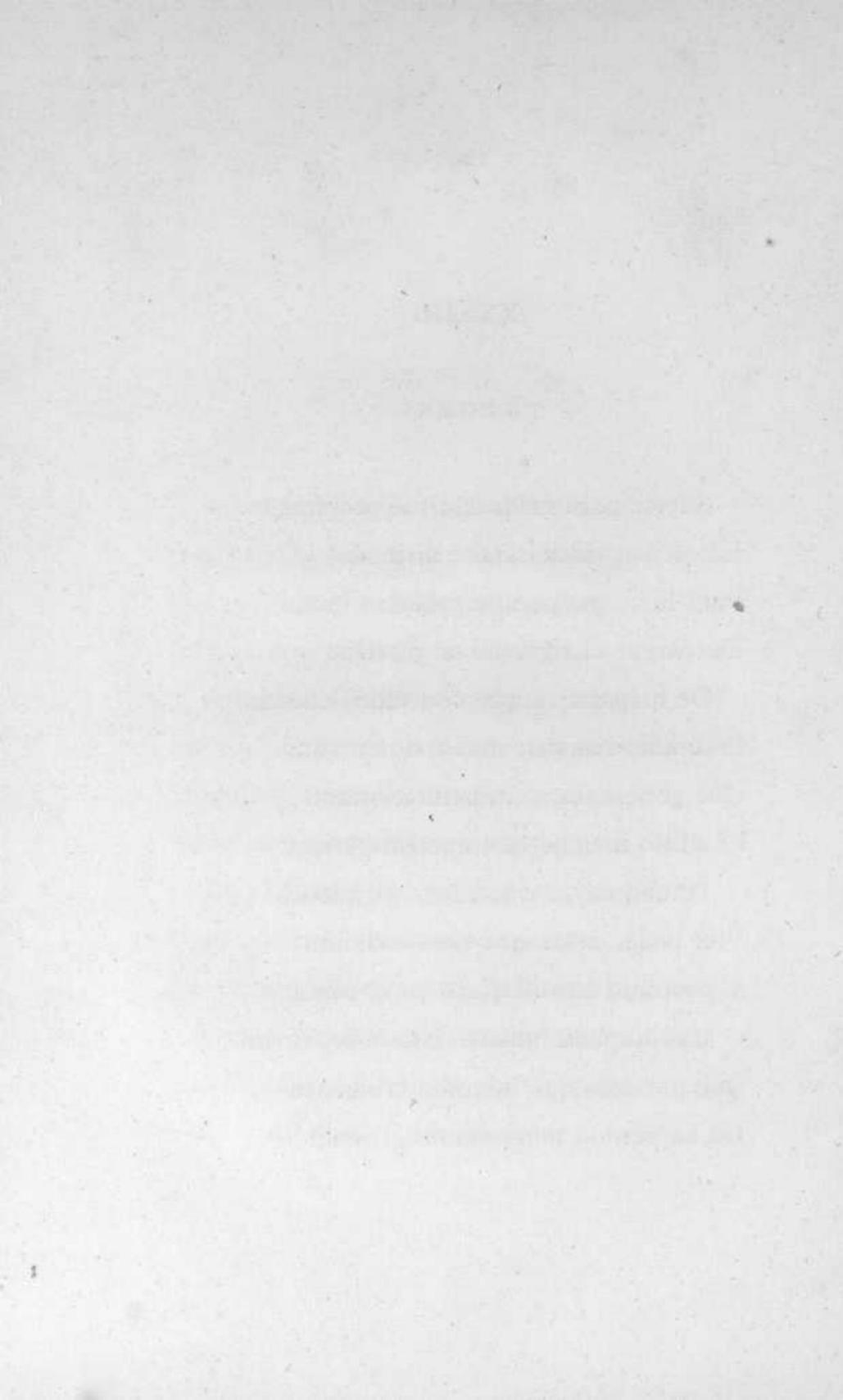
XXXIII.

TETUAN.

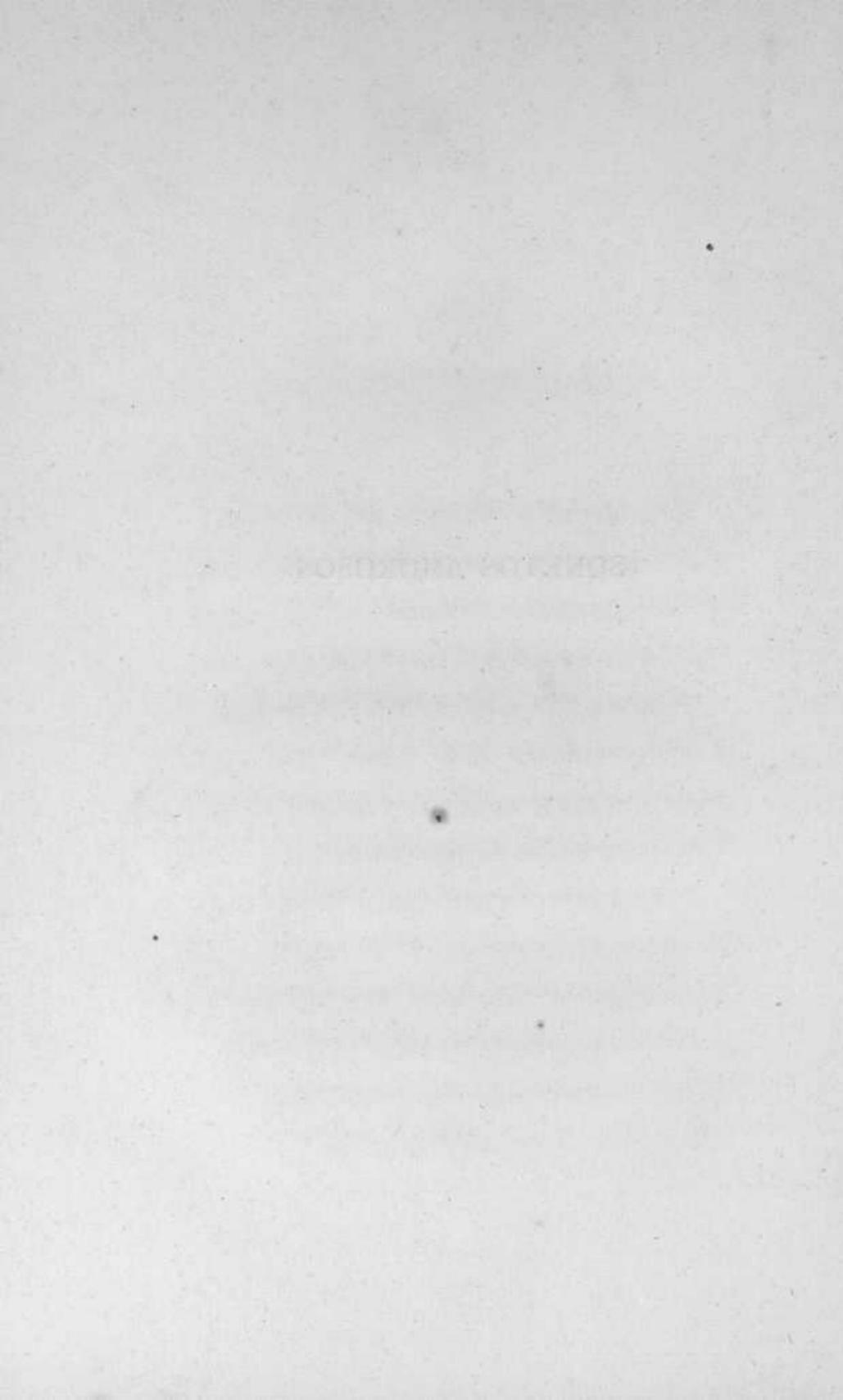
Suerte para mi patria fué propicia
La ofensa vil del árabe africano,
Pues hizo que pudiese nuestra mano
Descargar el rigor de su justicia.

De hispana sangre con febril codicia
Pretendió resistir, mas todo en vano,
Que gobernaba el ímpetu cristiano
Caudillo insigne de inmortal pericia.

Tetuan cayó, tras lucha gigantea,
Y el poder marroquí vióse vencido
Y postrado ante España en la pelea;
Mas España mostró, con noble olvido,
Que por más que lidiando cruda sea
Da su perdon magnánimo al rendido.



SONETOS AMOROSOS.



EL SOL DE ESPAÑA.

¡Qué límpido color es el del cielo!
¡Cuán dorada la luz que el sol envía!
¡Cómo late la tierra de alegría
Bajo el azul de transparente velo!

Vosotros que vivís en triste suelo
Y entre la niebla pálida y sombría,
Viendo al opaco resplandor del día
Yertas montañas de perenne hielo;

Llegad aquí : llegad á las regiones
Donde fecundo ardor el sol derrama,
Donde son lava hirviente las pasiones;

Venid, y al fuego de tan viva llama
Comprenderéis cuán rico de ilusiones
El corazon entre nosotros ama.

LO QUE DICE UN AMANTE.

Dadme en oro la espléndida riqueza
Que en hidrópica sed busca el avaro;
Dadme el laurel eterno al alma caro
Para ceñir de gloria mi cabeza;

Dadme el saber insigne cuya alteza
Brilla en el mundo cual luciente faro;
Dadme imperial corona cuyo amparo
Demanda humilde la mayor grandeza;

Cuanto de rico existe y deslumbrante,
Cuanto insensata la ambicion evoca
Mi ardiente corazon pide anhelante;

Y, si escucha mi voz fortuna loca,
Todo lo trocaré con gozo amante
Por una risa de su dulce boca.

EN LA AUSENCIA.

¡Jamás lo olvidaré! Con mano dura
De mí te separó pérfida suerte
Cuando llena de amor lograba verte
Iluminando el alma sin ventura.

Partiste por mi mal, y en noche oscura
Mi pobre corazón vióse al perderte,
Haciéndome anhelar infausta muerte
Cual tormento menor que mi amargura.

Sufre en tanto mi pecho ruda prueba,
Y afanoso te llamo todavía
Porque la ausencia en mí sus iras ceba.

Mas ¿qué me importa ya su tiranía
Cuando tu imagen seductora lleva
Esculpida con fuego el alma mía!

UN SECRETO.

¿Qué canta el ruiseñor cuando gorjea
De ameno bosque en soledad umbrosa?

¿Qué susurra la leve mariposa
Cuando en bello jardín revolotea?

¿Qué zumba el insectillo que aletea
Sobre la fresca flor donde se posa?

¿Qué murmura la fuente rumorosa
Bañando el césped que en redor verdea?

Siempre del docto ignorará la mente
Lo que en su lengua dicen, no sabida,
Ruisseñor, mariposa, insecto y fuente;

Y, á dulce ley la juventud rendida,
Jura que claman con afan vehemente:
«Eres, amor, el alma de la vida.»

COMO EL CAUTIVO.

Triste cautivo que en prision umbría
Sufre dura cadena que le oprime,
Y, en hondo afan, sin esperanza gime
De conseguir la libertad que ansía;

Triste cautivo que al rayar el dia,
Invocando del sol la luz sublime,
Aguarda un rayo que su ser anime
Cual rayo de ventura y alegría;

Tal en recinto lóbrego y estrecho,
Ansiando libertad consoladora
Y en invisibles lágrimas deshecho;

Oculto á todos, ignorado mora
El desdichado amor del que en su pecho
Un imposible sin consuelo adora.

SU MIRADA.

Ni su talle gentil, ni su preciada
Boca, de perlas y claveles llena,
Ni su argentina voz que blanda suena
Mi libertad dejaron sojuzgada.

De aquellos garzos ojos la mirada
Siempre rica de amor, siempre serena,
Es lo que al alma rinde, y la enajena
Cual por iman incógnito llevada.

¿Qué secreto poder, qué seductora
Gracia, en su luz indeficiente brilla
Más que en el rayo de la breve aurora?

¡Ay! si así me embelesa, si me humilla,
Es porque su mirar, á toda hora,
Refleja fiel un alma sin mancilla.

[EL DESENGAÑO.

Árbol desnudo que en verano diste
Refrigerante sombra al peregrino,
Hoy deshojado al ímpetu dañino
Del crudo cierzo que á tu muerte asiste;

Á mis turbados ojos pareciste
Símbolo del mortal que en su camino,
Bajo el rigor de bárbaro destino,
Del desengaño fué víctima triste.

La verde pompa que te dió su encanto
Recobrarás de nuevo cuando empiece
Florido Abril á desplegar su manto;

Mas el que acerba ingratitude padece
Halla en su corazon, regado en llanto,
Árbol que, seco, nunca reverdece.

EN TU DESVÍO.

No pretendas que yo, de ti lejano,
Goce el reposo del que ingrato olvida,
Ni que nunca la faz doble abatida
Del infortunio ante el rigor tirano.

Si tú me heriste con aleve mano,
Yo con valor restañaré mi herida,
Pues hoy, con ciego afan, quiero la vida
Para probar mi amor, amando en vano.

Y si esperas vencer con tal desvío,
Razon será que tu desden advierta
Que no rinde el desden al pecho mio;
Pues tan honda pasion en él despierta,
Que ver no temo tu cadáver frio
Por adorarte, como viva, muerta.

LA RETRACTACION.

Es inútil, señora, el fingimiento
Cuando los ojos, tercos habladores,
Con imprudente voz venden traidores
Lo que del labio fiel calla el acento.

Inútil fuera en mí tan loco intento
Pues tan ciego admiré vuestros primores
Que al fin he revelado mis amores
Y el dulce afan que me devora lento.

Por eso llego á vos en este día
Para saber si al fin por mi ventura
Galardonarme vuestro pecho ansía.

Mas..... olvidad, señora, mi locura,
Pues, sin querer, infunde al alma mia
Temores de traicion tanta hermosura.

LA DESLEAL.

La ví, y al punto la adoré rendido
Consagrándole fiel mi pensamiento:
Á servirla y amarla sólo atento,
Mi noble amor juzgué correspondido.

¡Engaño fué! Mi corazón herido
Supo al fin con hondísimo tormento
Que su tierno mirar y blando acento
Eran disfraz de pecho empedernido.

Clamé, no me escuchó. Mi desventura
Hícele comprender, y en su falsía
Se estrelló como el mar en roca dura:

¡Y aquella desleal, aquella impía,
Por el dulce candor de su hermosura
Un ángel en la tierra parecía!

RECUERDO TRISTE.

Bañando el aire en púrpura y en gualda,
Irradia el sol esplendorosa lumbre
Al subir de los cielos á la cumbre,
Del atrevido monte por la espalda.

Y, rasando despues la agreste falda,
Su rayo dora en mágica vislumbre,
Lo mismo que del éter la techumbre,
La mar azul y el prado de esmeralda.

Pero surge veloz tormenta oscura
Que extinguiendo á la par luz y alegría
Doquier difunde sombra y amargura;

Y exclamo con mortal melancolía:
¡Así brillaba el sol de mi ventura!
¡Así desapareció la dicha mía!

TIPOS DE OTRA EDAD.

LA REINA DEL TORNEO.

Radiante de beldad honesta y pura,
Y bizarra y gentil por su tocado,
El palenque preside en rico estrado
Para premiar la suerte y la bravura.

Mientras terrible la refriega dura
Late su corazon acelerado,
Y acaso el pensamiento enamorado
Le predice en el triunfo su ventura.

Mas ya mira cumplido su deseo:
La lid acaba, el paladin reposa,
Viene á sus piés, recibe su trofeo;

Y jura que al mirarla tan hermosa
Ver soñaba entre el polvo del torneo
Rayo de luna en noche tenebro sa.

EL PAJE.

Jóven adolescente, ó tierno mozo,
De su señor vasallo y compañero,
Bien el rapante halcon, bien el acero,
Él le aprestaba con orgullo y gozo.

Su labio apénas anunciaba el bozo,
Y ya su erguido continente fiero
La esperanza de armarse caballero
Revelaba con íntimo alborozo.

Su fácil lengua, siempre decidora,
Por doquier derramaba la alegría
Que el alma juvenil dulce atesora;

Y hechizo del castillo ser solía,
Y alguna vez logró de su señora
Premio que al servidor no se debía.

EL BUFON.

Deforme por aciago nacimiento,
Ó fingiéndolo en rudas contorsiones,
Era solaz de viles corazones
Con burla necia, con villano cuento.

Aunque nunca mostró merecimiento,
Diéronle galardón claros varones,
Y damas de exquisitas perfecciones
Se deleitaban con su tosco acento.

Mordaz hirió su gárrula alegría
El honor de doncellas y casadas
Y del alto magnate la hidalguía:

¡Y al escuchar sus torpes bufonadas
Caballeros y reyes, á porfía,
Premiábanle con recias carcajadas!

EL PALADIN.

De recia complexion y altivo pecho,
Y cubierto de casco y de loriga,
Por la ley del deber que al bueno liga
Fué tenaz defensor de su derecho.

La patria reputó palenque estrecho,
Y arrostrando el peligro y la fatiga,
Holló con su corcel tierra enemiga,
Pronto á desbaratar todo malfecho.

Ágil cual corzo, fuerte como roble,
Arder sintiendo del honor la llama,
Ya dió, ya recibió rudo mandoble;

Y por el caro premio de la fama,
Lidiar supo y morir con alma noble,
En servicio de Dios y de su dama.

EL JUGLAR.

En festin ostentoso de señores
Y de villanos en humilde fiesta,
Clamaban todos: «Tu gracejo apresta:
Canta, juglar; despliega tus primores.»

Y con hechos y dichos burladores,
Con libertad para el honor funesta,
De aquella gente, á la irrision dispuesta,
Lograba audaz aplausos y loores.

Tambien en plazas públicas á veces
Derramaba el contento noche y dia
Con donaires agudos y soeces;

Y muchas, cuando el pueblo se reia,
Él apuraba del dolor las heces
Y en su interior de tedio se moria.

LA DAMA DEL CASTILLO.

Altiva y dulce, desdeñosa y bella,
Reina cautiva de feudal morada,
Sin el esposo gime abandonada
Porque á lidiar le arrebató su estrella.

Luna que melancólica destella
Parece ser, si en noche encapotada
Desde el alféizar oye ensimismada
Que por el foso el agua se querella.

Pajes le sirven de gentil talante,
Damas custodian su inocente sueño,
Canta á sus piés el trovador errante;

Mas no descoge su amoroso ceño
Hasta que torna el paladin triunfante
De quien es á la par esclava y dueño.

EL PEREGRINO.

En horas de tormenta y de bonanza
Camina grave con humilde frente
Aquel que acaso manejó valiente,
Primero que el bordon, la dura lanza.

Movido por ascética esperanza,
Puesta la mira en el lejano Oriente
Y mendigando el pan con voz doliente,
Á regiones musulmicas avanza.

Y no reposa, y sigue su carrera
Donde le esperan hambres y quebranto,
Donde muerte infeliz quizá le espera;

Pero nada en su fe le pone espanto:
Ni á infieles teme, ni el morir siquiera,
Si ven sus ojos el Sepulcro Santo.

EL MESNADERO.

Reveló desde jóven alma dura
Y arrebatado corazon inquieto:
Serenos en la defensa, pronto al reto,
Nunca el peligro le infundió pavura.

Hombre ya, dirigióse á la ventura;
Ver mundo y combatir, tal fué su objeto;
Y veces mil, en temeroso aprieto,
Demostró contra infieles su bravura.

Dócil de todo viento á la mudanza,
En toda nueva lid pugnar queria
De botin seductor con la esperanza:

Su muerte era la paz: sólo vivia
Donde sonaba el bote de la lanza,
Donde sangriento acero se esgrimia.

LAS HADAS.

Fingió su sér credulidad sencilla,
Y el bien ó el mal causaba su presencia:
Los ojos del amor y la inocencia
Vieron de su beldad la maravilla.

Viéronla cuando el sol naciente brilla,
Y de la flor en la impalpable esencia,
Y del lago en la limpia transparencia,
Y en los sauces que crecen á su orilla.

Mas si las buenas, con el dulce encanto
Que en bello Eden un páramo convierte
Derramaban doquier júbilo santo,

¡Mísero aquel á quien tocaba en suerte
Hada maligna de terror y espanto!
¡Era su vida prolongada muerte!

EL JUSTADOR.

Ágil de miembros, de segura diestra,
De vista pronta y de valor cumplido,
Con la recia armadura revestido
Daba de su poder bizarra muestra.

Al hollar en su bruto la palestra,
Con vítor sin igual era acogido,
Y á caballo y á pié, nunca rendido,
Luchaba sin temer suerte siniestra.

En palenque lidió, veces sin cuento,
Como quien gozo en los combates halla;
Tuvo á su vez victoria y vencimiento;

Y con lanza y escudo y casco y malla
Probó tambien su generoso aliento,
Lo mismo que en la justa, en la batalla.

EL TEMPLARIO.

Pobre, obediente, casto, fué primero
Y ardiente defensor del peregrino;
Y á ser temible ante los pueblos vino
Cuando olvidó su cruz de caballero.

Dictó ley de señor al orbe entero;
Siempre allanaba el triunfo su camino,
Y ¡ay de aquel que arrojó con negro sino
De su poder el ímpetu altanero!

Contra su vasto imperio sin segundo
Rey enemigo desnudó la espada:

Hirióle Roma ante la faz del mundo;

Y teniendo la tierra sojuzgada,
Cayó, como la peña en lo profundo,
Desde el sumo poder hasta la nada.

EL TROVADOR.

Hoja ó arista que arrebatara el viento,
Dábale rumbo la fortuna varia,
Y en existencia nómada y precaria
Eco de su pesar era su acento.

Ya del héroe cantaba el ardimiento
Por tierra infiel jamás hospitalaria;
Ya debajo de ojiva solitaria
Exhalaba en la noche su tormento.

Cuando trovaba de placer y amores
Del sonoro lãud acompañado,
Gozo fué de vasallos y señores;

Pero tambien, á veces, denodado,
De la sangrienta lucha en los horrores,
Supo esgrimir la espada del soldado.

EL ESCUDERO.

No la gloria gozó del caballero
Á quien sumiso estaba noche y día,
Pero con él á veces compartía
La corona del triunfo linsojero.

Más que su servidor, su compañero,
Lo mismo sin descanso le seguía
Por el fragor de bélica porfía
Que en los combates del amor artero.

Ni nunca su lealtad era importuna,
Ni de aquel su vivir en la rudeza
Sintió vehemente afan por honra alguna;

Mas el señor premiaba con largueza;
Y, hallando en él escala de fortuna,
Por ella al fin ganaba la nobleza.

SONETOS VARIOS.

MI CULTO POÉTICO.

Vates insignes de inmortal valía,
Águilas del humano pensamiento,
Eran en otra edad claro ornamento
Y honor y gloria de la patria mia.

Si con ellos, en noble gallardía,
Falto de númen, competir intento,
Sin lauro alguno copiaré mi acento
De su acento sublime la armonía.

Mas si en pos de su rumbo peregrino
Logro tocar la codiciada meta
Cual en mis ansias crédulo imagino,

Tendrá su galardón el alma inquieta
Sólo con que al final de mi camino
Álguien diga de mí: «Nació poeta.»

ROMA ANTIGUA.

Fiera mostraba, de laurel ceñida,
La antigua Roma su soberbia frente,
Y, como absorta en pasmo reverente,
La tierra estaba ante sus piés vencida.

La ley de la República temida
Y el rigor del Imperio armipotente
Hiciéronla en ocaso y en oriente
Señora de la muerte y de la vida.

Mancillada por fin de sangre y lodo,
Muerta cayó, tras lucha gigantea,
Bajo el hacha del bárbaro ostrogodo;

Mas ántes de morir en la pelea,
Postróse humilde, y con el mundo todo
Besó la Cruz del Mártir de Judea.

LAS ESTACIONES.

I.

PRIMAVERA.

Es galana y gentil la Primavera
Cuando en el alto cielo se divisa,
Y al calor de su plácida sonrisa
Vergeles son el monte y la pradera.

Por ella esplende la azulada esfera
Y arrulla dulce la fragante brisa,
Y del arroyo que discurre aprisa
La corriente desátase parlera.

Vistiendo al árbol, de verdura escueto,
Á prodigar al hombre se apercibe
Fruto anhelado, de su afan objeto;

Mas si del hombre bendicion recibe
Es porque infunde júbilo secreto,
Es porque en ella la esperanza vive.

II.

ESTÍO.

Agóstanse las hierbas y las flores,
Agua en vapor al cielo se levanta,
Y desgranar la mies bajo su planta
Con rápido trillar los labradores.

Desfallece el ganado en los alcores,
Adormecido el pájaro no canta,
Y por el aire turbio se adelanta
La tempestad, henchida de furores.

Mientras ésta desaparece su bochorno,
El ambiente febril sentirse deja
Como el aliento cálido de un horno;

Mas presta pasa: el éter se despeja,
Y sonrío la paz á su retorno:
Todo á la edad de la pasión semeja.

III.

OTOÑO.

Despues que en el imperio del Estío
Aja todo verdor el sol ardiente,

Y empobrecida en su caudal la fuente

Lánguida corre hácia el mermado rio;

Viene el Otoño con templado frio,

De nubes coronándose la frente,

Á refrescar el caluroso ambiente

Con sus auras, su lluvia y su rocío.

Ante el hálito aquel tibio y fecundo,

La tierra toda late y se recrea,

Viéndose libre de sopor profundo;

Y, como henchido de inefable idea,

Con himno universal exclama el mundo:

«¿Simboliza la paz? ¡Bendito sea!»

IV.

INVIERNO.

Nueva luna pasó tras la de Octubre:
Pálido luce el sol; el cierzo crudo
Silba en el árbol con rigor sañudo
Y los espacios de tiniebla cubre.

Es el aire cual hálito insalubre;
Yerto el arroyo, permanece mudo;
Y el ancho valle, de verdor desnudo,
Bajo manto glacial la nieve encubre.

Naturaleza está desfallecida,
Y cuando el alma su dolor advierte
Siéntese triste y de afliccion herida.

¡Oh lúgubre estacion! Dios quiso hacerte
Melancólica imágen de la vida
Cuando se acerca al linde de la muerte.

LUZ Y SOMBRA.

En el rayo de luz de la mañana
Que penetra sutil por mis cristales,
Viene envuelto el alivio de mis males
Y la ilusion de dicha no lejana.

Y viendo cuál la tierra se engalana
Al fulgor de las cumbres celestiales,
Por la region de mundos idéales
La esperanza feliz se pierde ufana.

Pues la ventura por doquier envía,
La luz es la salud para el doliente,
La luz es para el triste la alegría;

Mas ¡ay de aquel que por desdicha siente
Velar sus ojos en el claro dia
Profunda noche, noche sin oriente!

EN UNA AFLICCION.

¡Triste verdad! Tu espíritu padece
Con rudo embate de dolor sombrío,
Y, á su influjo tenaz, en desvarío
Tu corazón se oprime y desfallece.

¿Por qué callas el mal si mudo crece?
Abre tu noble pecho al pecho mio,
Pues con mi propio llanto darte ansío
Bálsamo que el amor en él te ofrece.

¡Oh caro amigo! Si á tu afán pudiera
Consuelo ser mi cariñoso acento,
Grande cual tu dolor mi gozo fuera;

Pues tan tierna piedad al verte siento
Que me parece dicha verdadera
Partir contigo tu interior tormento.

UN RACIONALISTA.

Habla de todo con seguro acento
Como quien es de ciencia inmenso abismo,
Y, aunque ignora y rechaza el catecismo,
Contra la fe subleva su talento.

Será que falto estoy de entendimiento
Cuando me asombra tal filosofismo,
Y, á pesar de mi torpe oscurantismo
De juzgarle insensato me arrepiento.

Mas sin que yo su orgullo martirice,
(Porque en mí tal propósito no cabe)
Dejad que cierta duda aquí deslice:

Es la siguiente, que reputo grave:
¿Cómo puede saber lo que se dice
Quien intenta decir lo que no sabe?

LA CIEGA.

Ayer la luz del sonriente día
Tus pupilas bañó con clara lumbre,
Y el bajo suelo y la celeste cumbre
Como inefable bien mirar te hacia.

Hoy el denso crespon de noche umbría
El sol te roba de la azul techumbre,
Y en faz de inalterable mansedumbre
Devoras en silencio tu agonía.

Tus párpados están del llanto rojos,
Mas, aguardando merecida palma,
No te turban estériles enojos;

Y digo con placer, viendo tu calma:
¡Bendita la ceguera de tus ojos
Que sirvió para abrirte los del alma!

EL ANIVERSARIO.

¡Oh triste, oscuro, lamentable día
Que me recuerdas otro, muy llorado,
Cuando, en el lecho del dolor postrado,
Aquel que tanto amé vió su agonía!

Ven que en esta aflicción del alma mía
Te espero como el mísero apenado
Que con la imagen del dolor pasado
Aplace su mortal melancolía.

Mas ¡ay! tú volarás sin escucharme,
Dejándome, de nuevo, en voz llorosa
De mi profunda soledad quejarme;

Y quizá cuando en marcha presurosa
Retornes otra vez á consolarme,
Yo dormiré también bajo la losa.

FRENTE AL HOGAR.

Cuando al son de la lluvia que gotea,
Mientras el viento azota mis cristales,
Miro que en las veladas invernales
La lumbre del hogar chisporrotea,
Triste me asalta fatigosa idea
Contemplando las llamas desiguales
Que, como vagos séres idéales,
Despide el roble que crugiente humea.

Con voz oculta que escuchar me agrada
Algo á mi pecho murmurar parecen,
Y así lo explica la razon turbada:

Fuegos que tan de paso resplandecen
Son ilusiones de la edad rosada:
Brotan cual ellas, brillan, y fenecen.

AL VOLVER Á LA PATRIA.

Luz que infunde contento y alegría
En el nublado espíritu del triste,
Y embellece á sus ojos cuanto existe
Mientras acerbo llanto los henchia;
 Música de inefable melodía
En que tras largo afan su bien consiste,
Cuando la muerte que de luto viste
Le amagaba con bárbara agonía;
 Ilusiones de amor que reflorecen,
Esperanzas que al hombre dan aliento,
Dichas que sus dolores desvanecen.....
 Este vago placer, tras el tormento
De fiera proscripción, al alma ofrecen
El sol nativo y el nativo acento.

EL RIO.

Humilde brota de horadada peña
Y empieza á susurrar con blando arrullo:
Crece despues, y del gentil capullo
La rosada beldad nunca desdeña.

De su corriente azul, no ya pequeña,
Fragor parece lo que fué murmullo;
Y esquivá por doquier, con noble orgullo,
Cuanto su marcha en detener se empeña.

Vasto raudal, sin márgen que le estorbe,
Sigue veloz, en ímpetus más fuerte,
Creyéndose quizá pasmo del orbe;

Y nada encuentra que á pararle acierte,
Pero al fin, en su seno, el mar lo absorbe,
Como á la vida el seno de la muerte.

OMNIA VANITAS.

Cansado está mi corazón. El mundo
Con su incesante batallar me oprime:
Herida el alma, sin aliento gime
Y en torno mira con desden profundo.

¿Qué aguardo en este vértigo iracundo
En que sello mortal el cielo imprime?
¿Cómo gozar aquí la paz sublime
Donde tranquilas esperanzas fundo?

No más engaños. Aunque pena cueste
Los ídolos huir que amé rendido,
Mano hallaré que su vigor me preste:

Ella me sostendrá cuando le pido
Lograr por fin en soledad agreste
La libertad serena del olvido.

EN EL CAMPO.

Cuando á la sombra de copuda encina,
Para dar al olvido mis pesares,
Sobre tapiz de verdes tomillares
Me recuesto indolente en la colina;

Cuando siento en la paz que aquí domina
Del leñador alegre los cantares,
Los pájaros que cruzan á millares,
Ó el rumor de la fuente cristalina;

Abro mi pecho, y en la brisa pura,
En el agua, en el sol que centellea,
Hechizos bebo de sin par dulzura;

Y, al vago impulso de inefable idea,
Prorumpo con extática ventura:
«¡Qué grata soledad! ¡Bendita sea!»

LAS SIETE HERMANAS MALDITAS.

I.

LA SOBERBIA.

Es la luz de sus ojos luz siniestra
Que jamas ilumina y siempre abrasa,
Pues deja en torno, por doquier que pasa,
De espíritu infernal horrible muestra.

Por ser en todo sin igual mæestra,
No pone á su razon linde ni tasa,
Juzgando á su altivez la tierra escasa
Y el ancho mundo mísera palestra.

Adora en sí con vértigo y locura,
Y, cual sueños de ardiente fantasía,
Autoridad y fe rechaza dura:

Ella perdió su Eden en triste dia,
Y si tuviera mil por su ventura
Los mil por insensata perdería.

II.

LA AVARICIA.

Si la ves por doquier siempre en acecho
Cual si atenta buscase algún tesoro,
Mostrando al claro tintinar del oro
Ansia febril y palpitante pecho;

Si observas que agitada en duro lecho
Sueña entre angustias y afligido lloro
Que robándole están por su desdoro
Riqueza que ocultó recinto estrecho;

Si acaso miras que con alma yerta
Nunca responde al mísero propicia
Cuando hambriento y sin voz llama á su puerta;

No preguntes qué virus maleficia
Su helada sangre que parece muerta:
¿Quieres saber su nombre?—La Avaricia.

III.

LA LUJURIA.

Su rostro abrasador volcan parece
Del fuego que en su sér hay encendido
Siempre que con impúdico latido
Su pecho vil palpita y se estremece.

Livianos goces ávida apetece
En vez del casto amor, de Dios nacido,
Y su sagrado fin dando al olvido
Siente aguijon carnal que la enloquece.

Nunca soñó con puras ilusiones,
Porque las llama fútil devaneo
Y engaño para humanos corazones:

Si pues quiere el placer como trofeo
De la lucha febril de sus pasiones,
¿Puede ser más infame su deseo?

IV.

LA IRA.

Miradla allí: turbada y delirante,
Y en aspecto de horror nueva Medusa,
Muévase por doquier ciega y confusa,
Torvo el mirar y cárdeno el semblante.

Mientras al grito de razon tiunfante
Doblegar la cerviz torpe rehusa,
De su propia maldad al cielo acusa
Con ronca voz y pecho palpitante.

Á todo crimen su rencor profundo
Presta desatentado aliento y alas
Poniendo en él enojo furibundo.

¡Oh vil pecado que ponzoña exhalas!
Huye léjos de mí, pues en el mundo
Al sér humano con la fiera igualas.

V.

LA GULA.

Como ayuno leon se lanza hambriento
Sobre la pingüe presa tentadora,
Sin quedar, aunque al punto la devora,
En sus ansias famélicas contento,

Así la Gula, entre manjares ciento,
Con avidez insana que desdora,
No da paz á sus fauces en mal hora,
Mas que sepa morir en tal momento.

Sin el instinto con que deja el bruto
Hierba letal que falsa le convida,
Todo rinde á su afan pasto y tributo;

Y en la embriaguez pregona enronquecida
Que aquí logra el mortal un solo fruto:
Vivir para comer. ¡Inútil vida!

VI.

LA ENVIDIA.

La engendra la maldad. Su faz doliente
Muestra sordo rencor desde que nace:
Lo que la dicha de los hombres hace
Cual aguzado arpon su pecho siente.

No queda nombre ilustre ó pura frente
Donde su garra vil surcos no trace,
Ni virtud que en su afan no despedace
Con ciega saña y venenoso diente.

Toda sublime accion su orgullo agravia,
Todo premio al saber mete en su seno
Gusano röedor de estéril rabia.

¿Qué fruto puede dar honrado y bueno
Planta á quien nutre, cual infame savia,
Honda tristeza por el bien ajeno!

VII.

LA PEREZA.

Muerto el color, caída la cabeza,
Subyugada al poder que la domina,
Lo mismo que cansada peregrina
Con lento paso marcha la Pereza.

Si en el más leve obstáculo tropieza
Por donde quier que lánguida camina,
Falta ya de vigor, toda se inclina
Lanzando un ¡ay! señal de su flaqueza.

Se sienta en ademan desfallecido,
Y, haciendo del deber sombra ilusoria,
Sumergida en sopor, daló al olvido;

Y de la propia dicha sin memoria,
Por no mover su cuerpo entumecido
Todo lo pierde, todo: hasta la gloria.

NOCHE TORMENTOSA.

Llueve en la oscuridad. El firmamento
Con tupido crespon se entenebrece,
Y descuajar los árboles parece
Con sibilantes ráfagas el viento.

De vez en cuando luce amarillento
Relámpago que alumbra y que fenece,
Y con pavor la tierra se estremece
Del trueno ronco al ímpetu violento.

En esta noche, cruda y tormentosa,
Viéndome en salvo, de mi hogar delante,
Donde restalla lumbre generosa;

Un pensamiento hiéreme punzante:
Sin rumbo y solo, en selva temerosa,
¿Qué será del perdido caminante?

EN SU MUERTE.

Aunque el olvido, sombra de la nada,
Del que muere sepulte la memoria,
No de la tuya logrará victoria
Dejándola en sus nieblas abismada.

Insigne, bella, de esplendor bañada,
Cual entre rayos nítidos de gloria,
Tu imagen, libre de terrena escoria,
En todo corazón tendrá morada.

Y si de luto el alma se reviste
Recordando que en gracias y ternura
Ángel y númen para todos fuiste,

Consuelo brinda la esperanza pura
Pues dice que por fin alegre viste
La patria donde el bien eterno dura.

NOCHES DE VERANO.

Aroma deleitoso de azahares
Y de jazmines de blancor luciente
Que embalsamando el aire transparente
Presta consuelo al alma en sus pesares;
Luz de claras estrellas que á millares
Bordan el cielo con su rayo ardiente,
Ó de luna que baña dulcemente
Prados, huertas, viñedos y olivares;
Armonía de acento sobrehumano
Que por las auras cunde y se espacia
Como vago rumor de mar lejano.....
Ese aroma, esa luz, esa armonía
Tienen las tibias noches del verano
En la hermosa region de Andalucía.

LA PALOMA NEGRA.

Como en opaca noche densa bruma
Donde ningun destello se refleja,
Al pavoroso cuervo se asemeja
Por el color de su atezada pluma.

Contéplola con ansia que me abruma,
Y así le digo en cariñosa queja:
Ó el dulce nombre de paloma deja,
Ó dente su blancor nieve y espuma.

Me alegra el alma con su arrullo amante,
Con su torva negrura me entristece,
Gozo y peno al mirarla en breve instante;

Y en tal contradiccion ver me parece
Peregrina beldad cuyo semblante
Con pura candidez no resplandece.

Á UN CALUMNIADOR.

¿Quién eres tú que blandes en la sombra,
Para matar mi honor, acero aleve?
¿Qué rencor infernal tu saña mueve
Cuando á espaldas de mí tu voz me nombra?
¿Piensas que me anonada ó que me asombra
Maldad que á tanto pérvida se atreve?
Fuerza será que mis enojos cebe,
Tu pecho hollando como vil alfombra.
Si fueras hombre al fin, capaz un día
De conocer tu infamia y sonrojarte,
Tu delito mayor perdonaría;
Mas no puedo, aunque quiera, perdonarte
Porque siendo reptil, á sangre fría
Por bien de los demas debo aplastarte.

INVOCACION Á LA PAZ.

Consoladora Paz, ven y restaña,
Cual ángel en contienda fratricida,
La noble sangre que por honda herida
Vierte sin tregua la infeliz España.

Enjuga el llanto que sus ojos baña,
Vuelve á su faz el tinte de la vida,
Suspendiendo la cólera encendida
Que á sus hijos indómitos ensaña.

Mas ¡oh portento! sólo al invocarte,
Cesa el fragor de la mortal pelea;
La Guerra, al fin, humilla su estandarte.

Pues ya tu blanco pabellon ondea,
Llorando de placer debo aclamarte:
¡Eterno, dulce Paz, tu imperio sea!

EL SOLDADO ENFERMO.

¿Y aquí, postrado en angustioso lecho,
Sentiré del clarín la voz sonora?
El ansia de lidiar que me devora
Estéril es en su recinto estrecho.

Pálida enfermedad, tú que en acecho
Supiste herir mi corazón traidora,
Ten ya piedad y tórname en buen hora
La vida que arrebatas á mi pecho.

Abre tu mano infiel que me sujeta,
Y allí donde el honor su sangre vierte
Sabré rendir al que á mi patria reta;

Ó, si lo quiere la voluble suerte,
Serenamente moriré como el atleta
Que con risueña faz halla la muerte.

Á RECAREDO.

LA UNIDAD EN LA FE.

¿Será que reine, por soberbia ó miedo,
 Libre el error que al inocente engaña,
 Despues que tú con memorable hazaña
 Lo encadenaste en la imperial Toledo?

¿Puedes mirar que brote ¡oh Recaredo!
 Junto á la rubia miés la vil cizaña?
 Fuera baldon para la madre España,
 Tan insigne en piedad como en desnudo.

Sal, pues, glorioso de la tumba fria
 Donde la noble frente reposaste;
 Tu pueblo atribulado en ti confía;
 Pues hoy aguarda que tu sombra baste
 Para darle otra vez, como lo ansía,
 Un solo altar: el que á su fe legaste.

DULCE ESPERANZA.

Á LUZ.

Si la clara corriente de tu vida
Perturba el huracan de los dolores,
Y ves que de su embate á los furores
La paz del corazon vuela perdida;

Si ves desfallecer ¡oh Luz querida!
De tu risueña juventud las flores,
Y las contemplas triste sin primores,
Sin dulce aroma y la color caida;

Ten esperanza en Dios: pura y serena
Conserva siempre en tu aficcion el alma,
De fe sencilla y de virtudes llena;

Y en galardón y merecida palma
Benigno hará que de tu misma pena
Brote el consuelo que las penas calma.

CANCION DEL TRISTE.

Guadalquivir que de tu azul corriente
Perlas de espuma por el aire lanzas,
Y lo mismo en tormenta que en bonanzas
Corres al mar con altanera frente;

Perdona si en tu linfa transparente,
Claro espejo del cielo en sus mudanzas,
Vengo á ver mis perdidas esperanzas,
Vengo á refrigerar mi labio ardiente.

Triste corona de cipres umbrío
Puso en mi sien, con ansias inmortales,
La existencia fugaz del dueño mio;

Mas si guardan su imágen tus cristales,
Cual fuiste causa de mi dicha ¡oh rio!
Serás tambien consuelo de mis males.

Á UN PACIFICADOR.

Héroe, no ya con afliccion te dueles
De aquella lid sangrienta y pavorosa
Que en altiva comarca belicosa
Pudo mostrar sus ímpetus crüeles;

Pues hoy, seguido de soldados fieles,
Tornás por fin, en marcha victoriosa,
Con alma que de júbilo rebosa,
Con frente erguida, llena de laureles.

Por eso el aire inundan estas flores
Que en coronas prodiga nuestra mano
Á ti y á tus guerreros vencedores:

No vaciles: acéptalas ufano,
Pues bien merece palmas y loores
Quien devuelve á su hogar hijo y hermano.

UN PACTO.

Ni sé cómo ni cuándo, pero veo
Que por desdicha ó por fatal descuido
Mi corazon indócil he perdido
Y en tu poder está, segun lo creo.

Si quieres conservarlo cual trofeo
Del triunfo que con él has conseguido,
Tu decision acato, mas te pido
Que accedas por piedad á mi deseo.

Pues es indispensable al sér viviente
Que tenga cada cual uno por suyo,
Venir á transaccion será prudente:

Este pacto de ley que no rehuyo
Se funda en la equidad, y es el siguiente:
Guarda mi corazon y dame el tuyo.

Á MURCIA.

Á ti, bella ciudad, reina de amores
Adormecida en la feraz llanura,
Que al pintarte en la linfa del Segura
Brillas en trono de apiñadas flores;

Á ti cuyo vergel de mil primores
Fecunda el sol que envidia tu hermosura,
Porque te dan hechizo y galanura
Brisas, aves, perfumes y colores;

Á ti, mi patria, la de Abril constante,
La que infunde en el alma gozo eterno
Bajo su cielo azul siempre radiante;

Á ti dirijo mi saludo tierno,
Y, temiendo morir de ti distante,
Al pensar que te miro, me prosterno.

Á LA PALMA, SÍMBOLO DE GLORIA.

Heraldo de la fama duradera,
De las hazañas galardón precioso,
Cuando te miro, genio poderoso
Lleva mi mente á superior esfera.

¿Quién que abriga feliz virtud severa
No corre á ti con fuego generoso,
Batallando sin tregua ni reposo
Por conquistarte al fin de su carrera!

Íris de paz que las tormentas calma,
Tú prestas al varón ánimo fuerte
Y das la gloria que ambiciona el alma:

Pues quiso el cielo tan insigne hacerte,
¡Oh victoriosa, inmarcesible palma!
Hónrame, ó en la vida ó en la muerte.

ÚLTIMO PENSAMIENTO.

Rómpese al fin el lazo que me unia
Con la vida mortal, patria del duelo;
Remoto escucho cuando miro al cielo
Vago rumor de angélica armonía.

Ya de la inmensa eternidad sombría
Siento crugir el tenebroso velo;
Brilla la luz, y sin igual consuelo
De gozo inunda mi postrero día.

¡Oh vida, adios! Entre invisibles nubes
Espíritu de amor á mí descende;
Su voz me atrae; cantan los querubes:

El alma vuela..... los espacios hiende.....
Y, girando á mis piés arrebatada,
Es la tierra una imágen..... sombra..... nada.

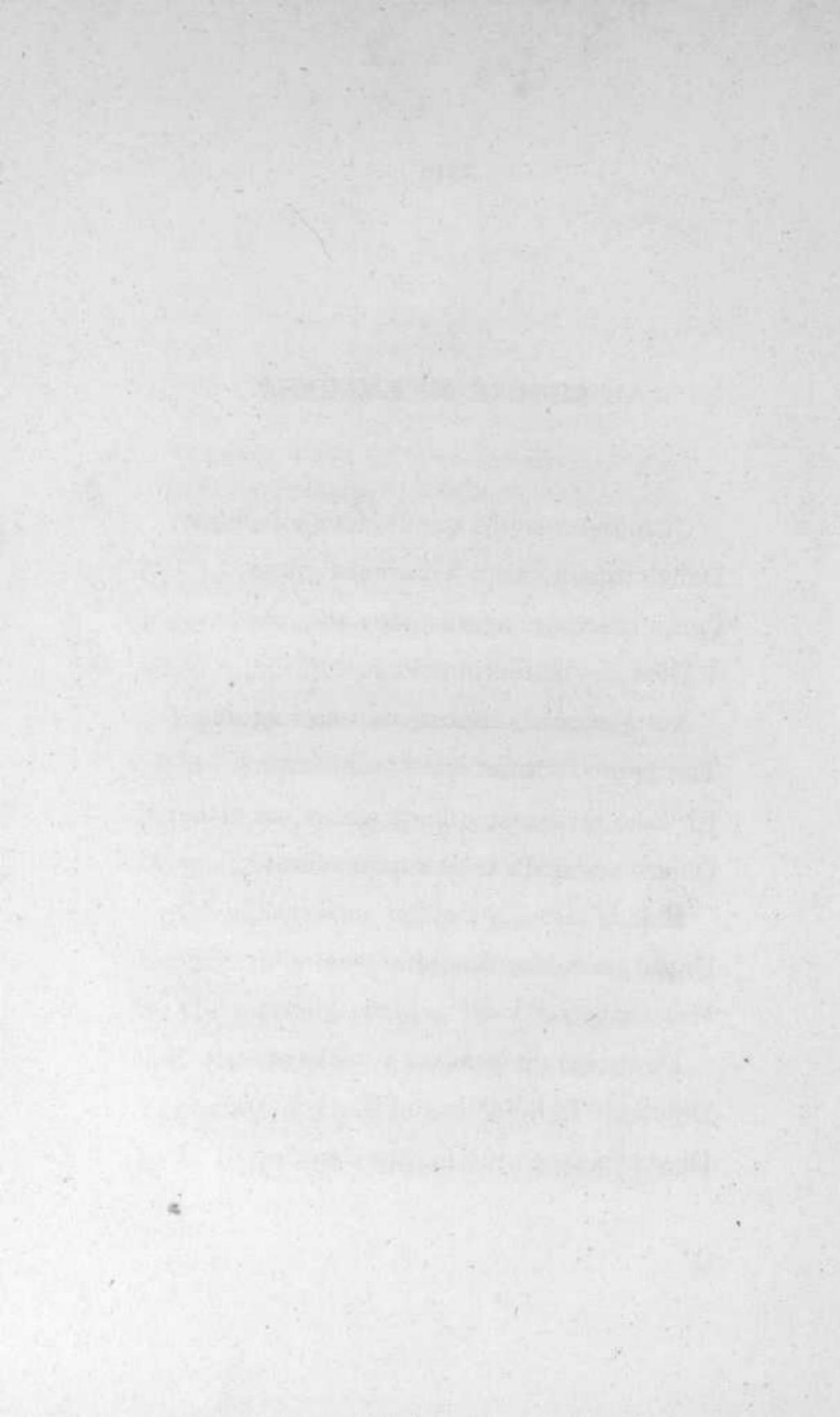
AL ACABAR MI EMPRESA.

Cuando en siglos que llaman soñadores
Daba cima el varon á empresa grave,
Como quien ser agradecido sabe
Á Dios alzaba férvidos loores.

Aunque en el nuestro, rico de fulgores,
Tan pobre oscurantismo ya no cabe,
En caso igual, sin que de audaz me alabe,
Quiero seguir la fe de mis mayores.

Helada risa que desden encierra
En torpes labios dibujarse veo,
Mas sin temer la despiadada guerra

De incrédulo zumbon y docto ateo,
Doblando humilde la rodilla en tierra,
Digo con santo júbilo: *laus Deo.*



NOTAS.

TIPOS CRISTIANOS.—Pág. 41.—El origen de los sonetos comprendidos bajo este epígrafe es el siguiente:

Hablaba yo una noche en la Academia Española con mi respetable compañero y actual Director, el insigne literato Sr. Conde de Cheste, acerca de la Mitología; y habiéndole manifestado sin rodeos mi ninguna afición, y hasta mi ignorancia, respecto de ella, defendió él la opinion contraria á la mia, sosteniendo que en el estudio de semejante materia se encuentran bellos elementos y ejemplos útiles de que el poeta puede aprovecharse todavía. Como comprobacion de su aserto, llevóme á la session siguiente cinco sonetos improvisados que afablemente me dedicó y que á continuacion transcribo con su vénia. Á ellos repliqué á mi vez con varios de estos *Tipos cristianos*, todos los cuales le dedico por amistad y por deber de buena correspondencia.

Los sonetos, ántes citados, del Sr. Conde de Cheste eran los que siguen:

INTRODUCCION.

De Roma y Grecia religion ha sido,
 Con figuras y emblemas á porfía,
 Vana sustituir filosofía
 Á la cristiana fe que no han sabido.

Mas si al fin, entre vicios, ha venido
 Despedazado imperio á su agonía,
 Aún hallo en su mendaz mitología
 Campo á los pensamientos atrevido.

Así en su grata fábula ingeniosa
 El sentido alegórico contemplo
 Cuyo artificio el vate no desdeña;

Y, la historia al narrar de ninfa ó diosa,
 Del castigo del mal se da el ejemplo,
 Y entre ficciones la verdad se enseña.

EJEMPLOS.

I.

Era cándido el cuervo, y con justicia
 En negro fué trocado su plumaje
 Porque en su tosco y gárrulo lenguaje
 Reveló dos verdades su malicia;

Y, en buho convertido, la estulticia
 Ascálafo pagó del espionaje
 Que de Misma al garzon causa el ultraje

Y á la doliente Céres maleficia.

Por un hablar estúpido y ligero
Tal suplicio sufrir á esos se mira,
Que no porque el decir fuese embustero.

Si pues tal pena la celeste ira
Da al delator del hecho verdadero,
¿Cuál no toca al que lo es de la mentira?

II.

Mínos á las criaturas pecadoras,
Segun sus culpas son, mide la pena;
¿Y á cuál como á las pérfidas condena
Que de calumnia vil son inventoras?

Entre llamas de fuego abrasadoras
Satélite infernal las encadena,
Y la ímpia lengua de ponzoñas llena
Les atarazan sierpes mordedoras.

Que nadie mereció dolor tan fuerte
Como el que á la mujer roba el tesoro
Del nombre y de la fama bien tenida;

Pues más que engaño, latrocinio ó muerte,
Es manchar el honor, que es más que el oro,
Y más que la fortuna y que la vida.

III.

De cien modos mi negro pesar fiero
Se presenta, lo sé, doquier que giro;

Mas aunque á perpetuarle dentro aspiro,
La causa á nadie descubrirle quiero.

Si obstinacion llamais á lo que espero
Sepultar de mi pecho en el retiro,
¿Cómo el empeño que en vosotros miro
Podrá el labio llamar ménos severo?

¿El pájaro no veis de alas parducho,
Con blanco sucio en la pechera erguida,
Cuyo grito sonar lúgubre escucho?

Sabed que fué mujer bella y pulida,
Y por haber querido saber mucho
Hoy se mira en corneja convertida.

IV.

No es lícito espiar, ni cortesía,
Lo que otro ¡ay laso! en ocultar se afana,
Y ejemplo os dé contra aficion tan vana
De Tiresias y Actéon la agonía;

Que al primero robó la luz del dia
El fulgor de Minerva soberana,
Y al Cintio cazador hizo Diana
Pasto de su famélica jauría.

Y si tan duras penas han costado
Al que por ver un exterior desnudo
La fresca oculta riva holló indiscreto,

Y al que á Palas mirar sin velos pudo,
¿Cuántas costar no debe al que es osado
Del alma á arrebatár hondo el secreto?

AL REY, EN NOMBRE DE LA PATRIA.—*Página* 64.—Estos sonetos obtuvieron el lisonjero honor de figurar en el precioso libro titulado *Homenaje poético á S. M. el Rey D. Alfonso XII, en su feliz advenimiento al trono de sus mayores*. En ellos expresé, en forma de petición y con el debido respeto, las ideas que más amo en esta vida.

DOSCUADROS.—*Pág.* 68.—El popular escritor satírico Manuel del Palacio que, aunque tan celebrado en dicho género, es á mi juicio muy superior cuando escribe como poeta serio, tierno y delicado, por su fantasía, buen gusto y sentimiento; publicó dos sonetos sobre *La Guerra y La Paz*, sonetos que fueron justamente aplaudidos. Su lectura me inspiró la idea de estos dos míos á iguales asuntos, pero de ningun modo el propósito de establecer con los suyos competencia. Y como Palacio, por más que no nos veamos sino de tarde en tarde, ha sido siempre conmigo leal, benévolo y cariñoso; le dediqué dichos *Dos cuadros* que insertó en *La Patria*, precedidos de algunas líneas muy afectuosas. Ahora, para que el lector que no los conozca pueda saborear las bellezas de los de Manuel del Palacio, los copio con mucho gusto á continuación:

LA GUERRA.

Huye la tarde; á su fulgor incierto,
 Suelta la rienda sobre el pecho herido,
 Cruzando va un corcel solo y perdido
 El campo de batalla, ya desierto.

De sangre y lodo y de sudor cubierto,
 Con ojo audaz y con atento oído,
 Al césped interroga en que el gemido
 Oyó hace poco del soldado muerto.

Allí se para; al aire dilatando
 La entreabierta nariz, el aire aspira,
 Llegan los cuervos al festin nefando,
 Apaga el sol su funeraria pira,
 Mueve la hierba el bruto resoplando,
 Lame la frente al paladin y espira.

LA PAZ.

El sonrosado albor de la mañana
 Inunda con su luz monte y pradera,
 Y de amor y consuelo mensajera
 Da sus ecos al aire la campana.

Rechina el trillo que la mies desgrana;
 Busca el zagal su hermosa compañera,
 Y la turba de pájaros parlera
 De un nido al otro nido vuela ufana.
 Todo es reposo y calma y armonía;

Sin que su azul empañe nube alguna
 Convidando al placer despunta el día:

Y rica de esperanza y de fortuna,
 Su bendición á Dios la madre envía
 Arrodillada al lado de la cuna!

GALERÍA HISTÓRICA.—*Pág.* 95.—Sé que esta galería, donde figuran muchas personas célebres y unos pocos hechos gloriosos, es muy incompleta y carece de orden cronológico. He hecho ambas cosas con conocimiento. La primera porque para citar, sólo de España, los nombres que merecen elogio, hubiera necesitado llenar un volúmen abultado. La segunda porque en la colocacion de estos sonetos he seguido á veces el capricho, y á veces el orden en que los compuse.

SONETOS AMOROSOS.—*Pág.* 131.—Para que el lector comprenda que estos sonetos son meras ficciones poéticas, debo decirle que (aparte de otras consideraciones de orden superior) tengo ya blanca la cabeza, y me hallo muy léjos de la juventud y de la galantería. He querido engañarme creyendo que estaba todavía en la primavera de la vida. Han sido como unas canas al aire.

TIPOS DE OTRA EDAD.—Pág. 145.—Al componer los sonetos comprendidos en este epígrafe, y en particular el que se titula *El trovador*, no pude ménos de recordar con delicia al elegante y romántico poeta D. Antonio García Gutierrez, mi querido compañero en la Real Academia Española. Por esto, los dedico á su ilustre nombre, en prueba de estima y de admiracion.

LAS SIETE HERMANAS MALDITAS.—Pág. 179.—Estos sonetos fueron dedicados al muy celebrado poeta Ramon de Campoamor, tambien querido compañero mio en la misma Real Academia. Lo que me propuse, y lo que resultó se verá por la siguiente benévola é ingeniosa carta, y sonetos de contestacion que la acompañan, publicados por el no ménos distinguido poeta Manuel del Palacio en *La Ilustracion española y americana* del 30 de Mayo de 1876:

CONTRA SIETE VICIOS.....

AL POETA ANTONIO ARNAO.

En el último número de LA ILUSTRACION has publicado con el epígrafe de *Las siete hermanas malditas*, y la dedicatoria á Ramon de

Campoamor, siete sonetos, buenos como tuyos, y que son una exacta pintura de los siete pecados capitales. Yo sé que tu intencion y tu deseo eran que el inimitable autor de las *Doloras* te respondiese con otros siete sonetos, por aquello de que contra siete vicios hay siete virtudes. Pero ¿qué quieres, amigo Antonio? El hombre propone, y Campoamor dispone. Sin duda ha pensado que la cuestion no era responder bien, sino responder pronto, y quedándose él con la dedicatoria, me ha endosado á mí los sonetos. Así sucede muy á menudo en el comercio humano; la ganancia para los maestros, y el trabajo para los oficiales. He velado, pues, una noche, y ahí van los sonetos. Creo, sin adulacion, que tú los hubieras hecho mejores, así como creo, sin modestia, que los pecados se prestaban más á mi inspiracion. ¿Necesitaré decirte por qué? Tú lo sabes tan bien como yo. En el mar de la vida, donde navegamos juntos hace más de veinte años, todas tus expediciones se han reducido á algunos paseos por la bahía; yo he visto de cerca los escollos, y he capeado los temporales. Cuando tú, niño aún, creias haber encontrado la paz del alma, yo, niño también, anunciaba ya su pérdida en los diarios.

Hoy, casi viejos y casi náufragos los dos, si bien salvado el uno por el esquite de la cien-

cia y recogido el otro en la balsa de la familia, volvemos á encontrarnos entre el oleaje de la publicidad, tú retratando vicios y yo sacando la cara por las virtudes. Convengamos en que esto necesitaba por lo ménos una explicacion en prosa, y que ambos tenemos algo que agradecer á Campoamor. Tú, la gloria de que yo diga aquí muy alto que has presentido como poeta unos pecados que no conociste como hombre; y yo la ocasion de celebrar unas virtudes que nunca habia tratado de cerca, pero en alguna de las cuales ¡necio de mí! llevo ya muchos años de práctica. No te digo cuál para reservarte el placer de adivinarla, rogándote sólo, por amor de Dios, no te fijes en la *diligencia*, porque de éstas creo no queda ya más que la de Leganés.

Ahora, y previo el cariñoso saludo de ordenanza, puedes proceder á la lectura de los siguientes:

SONETOS.

I.

HUMILDAD.

Envuelta en los harapos del mendigo,
Acompañando al sabio en su jornada,

Bajo el regio dosel acariciada.....
 Donde quiera que estés, yo te bendigo.

De la vida en el mar eres abrigo
 Contra los golpes de tormenta airada,
 Y el guerrero á tus piés rompe la espada
 Y tiembla de pavor el enemigo.

Cuando el águila audaz desata el vuelo
 Puede, rota la nube en que se mece,
 Precipitada descender al suelo:

Miéntas gala del campo donde crece,
 La luciérnaga humilde mira al cielo
 Y el polvo de sus alas resplandece.

II.

LARGUEZA.

Madre nuestra es la tierra, y nunca ha sido
 Quien no imita á su madre un hijo bueno;
 Todo cuanto hay en su fecundo seno
 Está para nosotros prevenido.

La flor hermosa, el fruto apetecido,
 El dulce manantial, el bosque ameno,
 El patrio albergue de delicias lleno,
 La tumba, precursora del olvido.

Avaros, ¿qué guardais? poder, riqueza,
 Inquietud, ambicion..... ¡delirios vanos!
 La vida acaba y la verdad empieza.

Dios pide amor y aplauso á los humanos,

¿Quién ama, lleno el pecho de vileza?
 ¿Quién aplaude con oro entre las manos?

III.

CASTIDAD.

Hermana del amor y la inocencia,
 Al contacto del vicio se marchita,
 Y el vaso donde Dios la deposita
 No pierde nunca su divina esencia.

Sorda de la pasión á la demencia
 Á la voz del deber sólo palpita,
 Y si luchar á veces necesita,
 Es luchando mayor su resistencia.

La frente que con ella se corona
 Ganada tiene la celeste palma
 Con que el Señor á pocos galardona:

Prenda es de dicha y símbolo de calma;
 ¡Triste de la mujer que la abandona
 Vendiendo el cuerpo y mancillando el alma!

IV.

PACIENCIA.

Injusticia del hombre, saña horrible,
 Agravios de la edad, dolor agudo,
 Nada sois contra mí: tengo el escudo

Que, si no vencedor, me hace invencible.

Ira que blasonando de temible
 Todo lo arrollas en tu choque rudo,
 Contigo lucharé, pobre y desnudo,
 Y en mí te estrellarás: ¡soy tu imposible!

La fuerza queda y el furor concluye;
 El aura que los campos vivifica
 Es más que el huracan que arrasa y huye.

La fe lo dice y la razon lo explica,
 No lo olvideis; con ira se destruye,
 Y sólo con paciencia se edifica.

V.

TEMPLANZA.

Más que la mesa de manjares llena
 Y el vino de las odres derramado,
 Placen á todo espíritu elevado
 El goce honesto y la palabra amena.

De la razon que al apetito enfrena
 Se burlan el demente y el malvado;
 Sólo vive feliz y muere honrado
 Quien en la suya manda y en la ajena.

Nada hay que al mar en su fiereza imite;
 Cuando sus olas irritado lanza
 Más parece Medusa que Anfitrite,
 Pero le ponen dique y ya no avanza:

¿Cuál será el hombre que su mal no evite,
Si es dique de la gula la templanza?

VI.

CARIDAD.

En medio del fragor de la pelea
Vierte en los corazones el consuelo;
Cubre la peste la ciudad de duelo
Y ante el peligro impávida pasea.

Del incendio al brillar la roja tea
Sofocarla ó morir busca en su anhelo;
Al débil da valor, y alza del suelo
Á quien cansado y trémulo flaquea.

¡Sublime caridad! ¡Virtud preclara!
La huella de tu paso á Dios nos guia
Y es venturoso aquél que en tí se ampara.

De todo eres capaz, y si algun dia
El sol que nos alumbra se apagara
La llama de tu amor lo encenderia.

VII.

DILIGENCIA.

¿Veis ese campo yermo é infecundo
En el que no germina ni aún maleza?
Imágen es cabal de la pereza,

Como él estéril, ó funesta al mundo.

Trabajar es vivir; desde el profundo
Volcan que alimentó naturaleza,

Hasta el gusano ruin cuya destreza
Labra un alcázar en el lodo inmundo,

Todo se agita; y en provecho ó daño
Del mísero mortal su fuerza mueve
Obedeciendo á su destino extraño:

Quien esa ley á quebrantar se atreve
Preso en las redes de su propio engaño
Al hombre usurpa lo que al hombre debe.

MANUEL DEL PALACIO.

UN PACTO.—*Pág.* 197.—La idea fundamental de este soneto está tomada de una canción francesa.



ÍNDICE.

	Páginas.
DEDICATORIA.	7
PROEMIO.	9

SONETOS.

Introduccion.—El soneto.	23
----------------------------------	----

SONETOS RELIGIOSOS.

Al crucificado.	27
La soledad de la Virgen.	28
Confesion.	29
La Resurreccion..	30
Aspiracion	31
El toque del <i>Angelus</i>	32
Voz de la fe.	33
La Semana Santa.	34
De noche en el templo.	35
La conversion de Saulo.	36
La conversion de Agustin	37
La gloria del Carmelo..	38
En la última hora.	39

TIPOS CRISTIANOS.

Á un poeta	43
I.....—El justo.	44
II.....—El mártir.	45
III.....—El solitario..	46
IV....—La vírgen.	47
V.....—La hermana de la caridad.	48
VI....—El cruzado.	49
VII...—El redentor de cautivos.	50
VIII.—La desposada.	51
IX....—El misionero.	52
X.....—La arrepentida..	53

XI...—La voz misteriosa	54
XII..—El órgano.	55
XIII.—El claustro.	56
Al poeta.	57

SONETOS FILOSÓFICOS.

El arte antiguo.	61
El arte nuevo.. . . .	62
Á España.	63
Al Rey, en nombre de la patria—I.	64
II.	65
III.	66
IV.	67
Dos cuadros.—I. La guerra.	68
II.—La paz.	69
Tres edades.—I. Adolescencia.	70
II.—Virilidad.	71
III.—Decrepitud.	72
La nueva ciencia.	73
España y América.—Á Colon.	74
La mayor fuerza.	75
La historia enseña.	76
El tesoro oculto.	77
La maledicencia.	78
Una voz.	79
Á orillas del mar.	80
Á un tribuno.	81
Los nuevos bárbaros.	82
Un hombre público.. . . .	83
Á un ateo.	84
Un hombre feliz.	85
El sol y el rayo.	86
Fenómeno social.	87
Los dos crepúsculos.—I. El de la mañana.	88
II.—El de la tarde.	89
Dos tempestades.—I.	90
II.	91
Problema político.	92
Á un filántropo.	93

GALERÍA HISTÓRICA.

I.....—Á Cervántes.	97
II.....—Fr. Luis de Leon.. . . .	98
III.....—Á Velázquez.	99
IV.....—Quintana.	100
V.....—Á Guttenberg.	101
VI.....—Á Murillo.	102
VII.....—Napoleon.	103
VIII.....—Pio nono.. . . .	104
IX.....—San Juan de la Cruz.	105
X.....—Hernan Cortés.. . . .	106
XI.....—Lope de Vega.	107
XII.....—Calderon.	108
XIII.....—Felipe segundo.	109
XIV.....—Quevedo.	110
XV.....—Garcilaso.	111
XVI.....—Haydn.	112
XVII.....—Mozart.	113
XVIII.....—Beethoven.	114
XIX.....—Isabel la Católica.	115
XX.....—Cisneros.. . . .	116
XXI.....—Tirso de Molina.	117
XXII.....—Guzman el Bueno.	118
XXIII.....—Á Wagner.	119
XXIV.....—Un apóstata.	120
XXV.....—Un apóstol.. . . .	121
XXVI.....—Bálmes.	122
XXVII.....—Breton de los Herreros.	123
XXVIII.....—Eguílaz.	124
XXIX.....—Hartzenbusch.. . . .	125
XXX.....—Lepanto.. . . .	126
XXXI.....—Trafalgar.	127
XXXII.....—Bailén.	128
XXXIII.....—Tetuan.	129

SONETOS AMOROSOS.

El sol de España.	133
Lo que dice un amante.	134

	Páginas.
En la ausencia.	135
Un secreto.	136
Como el cautivo.	137
Su mirada.	138
El desengaño.	139
En tu desvío.	140
La retractación.	141
La desleal.	142
Recuerdo triste.	143

TIPOS DE OTRA EDAD.

La reina del torneo.	147
El paje.	148
El bufon.	149
El paladín.	150
El juglar.	151
La dama del castillo.	152
El peregrino.	153
El mesnadero.	154
Las hadas.	155
El justador.	156
El templario.	157
El trovador.	158
El escudero.	159

SONETOS VARIOS.

Mi culto poético.	163
Roma antigua.	164
Las estaciones.—I. Primavera.	165
II.—Estío.	166
III.—Otoño.	167
IV.—Invierno.	168
Luz y sombra.	169
En una aficción.	170
Un racionalista.	171
La ciega.	172
El aniversario.	173
Frente al hogar.	174
Al volver á la patria.	175

	Páginas.
El río.	176
<i>Omnia vanitas.</i>	177
En el campo.	178
Las siete hermanas malditas.—I. La Soberbia.. . . .	179
II. —La Avaricia.	180
III.—La Lujuria.	181
IV.—La Ira.	182
V.—La Gula.	183
VI.—La Envidia.	184
VII.—La Pereza.	185
Noche tormentosa.	186
En su muerte.	187
Noches de verano.	188
La paloma negra.	189
Á un calumniador.	190
Invocacion á la Paz.	191
El soldado enfermo.	192
Á Recaredo.—La unidad en la fe.	193
Dulce esperanza.—Á Luz.	194
Cancion del triste.	195
Á un pacificador.	196
Un pacto.	197
Á Murcia.	198
Á la palma, símbolo de gloria.	199
Último pensamiento.	200
Al acabar mi empresa.	201
NOTAS.	203

ERRATAS.

- Pág. 71.—Verso 8.^o—*Debe decir:*
En desierto de abrojos has trocado?
- Pág. 103.—Verso 2.^o—*Debe decir:*
De César arde en él la insigne llama:
- Pág. 114.—Verso 1.^o—*Debe decir:*
Cual se desborda atronador torrente
- Pág. 182.—Verso 5.^o—*Debe decir:*
Mientras al grito de razon triunfante

SOCIEDAD DE SOCORROS MUTUOS
DE
OBREROS
DE
SORIA
BIBLIOTECA

Esta obra se halla de venta en Madrid,
al precio de 10 rs., en la librería de D. Ma-
riano Murillo, calle de Alcalá, 18, á donde
se dirigirán los pedidos, y en las demas
principales librerías de la corte.

Precio en provincias, 12 rs.

D-1

1968

JOHN RAMO

DE PENSACOLA

DE PENNSYLVANIA

DE PENNSYLVANIA

DE PENNSYLVANIA

DE PENNSYLVANIA